

NUESTRO PROYECTO DE LA NUEVA SOCIEDAD EN AMÉRICA LATINA

El papel regulador del Estado y los problemas de la autorregulación del mercado.

Franz J. Hinkelammert*

El desarrollismo latinoamericano de las décadas de los 50 y 60 percibe la función del Estado como necesaria. Considera, que el mercado a pesar de su capacidad autorreguladora no es capaz de asegurar el desarrollo y solucionar los graves problemas económico-sociales que han aparecido en el continente. Se percibe, que el mercado distorsiona las relaciones sociales y que tiende en las circunstancias de América Latina al estancamiento del crecimiento económico.

A partir de los años 70 y con fuerza especial durante de los años 80, aparece una siempre más agresiva denuncia del Estado y de su papel regulador en la sociedad moderna: Si en las décadas de los 50 y 60 al Estado se asigna una función clave en el desarrollo económico y social de la sociedad, en las décadas de los 70 y 80 el Estado es designado como el gran culpable de los mayores problemas que aparecen. Siempre más ocurre una fijación negativa en el Estado. El Estado aparece como el gran culpable de todo. Si no hay desarrollo, la culpa la tiene el Estado. Si hay desempleo, también el Estado tiene la culpa. Si hay destrucción de la naturaleza, los errores del Estado parecen ser el origen de ella. Ronald Reagan, en su campaña electoral del año 1980, resume esta actitud con la frase: "No tenemos problemas *con* el Estado, el Estado es el problema".

Esta fijación en el Estado como culpable de todos los males, no es sino la otra cara de una fijación contraria, en la cual el mercado soluciona

* Director fundador del Postgrado Centroamericano en Economía y Planificación del desarrollo. Actualmente es Director del Departamento Ecueménico de Investigaciones (DEI), San José, Costa Rica.

todos los problemas. Podríamos variar la expresión citada, para mostrar el significado de eso: No tenemos que solucionar problemas, el mercado es la solución de todos los problemas. Frente al Estado como el Mal, aparece el Bien: el mercado es ahora considerado como institución perfecta, cuya afirmación es suficiente para no tener problemas.

Esta negación maniquea del Estado revela un profundo estatismo al revés. Si se quiere definir el estatismo como una actitud, que cree encontrar en la acción del Estado la solución de todos los problemas, en este estatismo al revés lo vemos simplemente invertido y transformado en el culpable de todo. El Estado sigue siendo todo, y la negación maniquea no ha cambiado la actitud profundamente estatista en relación al Estado.

Así apareció el antiestatismo metafísico de las últimas décadas, que es la otra cara de una afirmación total del mercado. Este antiestatismo domina la discusión actual sobre el Estado y se ha transformado en un Leitmotiv de la visión del mundo en lo presente. Apareció desde las teorías neoliberales sobre la economía y la sociedad, para transformarse hoy en una especie de sentido común de la opinión pública del mundo entero. Aparece hasta en los países socialistas y domina la mayoría de las instituciones internacionales, que toman decisiones políticas.

Pero no se trata simplemente de una ideología de la gente. Son los Estados que asumen esta ideología antiestatista y la promueven. No se trata de un sentido anarquista popular, como ha existido en todos los tiempos, y que sueña de una sociedad sin dominación, sin dinero y sin Estado, sino de la definición de una estrategia estatal a nivel de los poderes públicos mismos. Son los presidentes, los parlamentos, los ejecutivos de las empresas, los bancos centrales, las entidades internacionales como el FMI y el Banco Mundial los portadores de la ideología antiestatista. Aparecen las dictaduras de Seguridad Nacional en América Latina, que legitiman su terrorismo del Estado en nombre de esta misma ideología antiestatista. Aparecen verdaderos totalitarismos, que en nombre del mercado total propagan el desmantelamiento del Estado y que justifican su terrorismo del Estado en nombre de la pretendida necesidad de la desaparición o minimización del Estado. La dictadura de Pinochet en Chile es un sistema antiestatista de este tipo, pero este elemento antiestatista es presente igualmente en la dictadura militar argentina, uruguayana, aparece en los años 80 en Brasil, y hoy tiene una vigencia visible en todas las sociedades de América Central.¹

¹ Ver Hinkelammert, Franz: Del mercado total al imperio totalitario. En: Democracia y Totalitarismo. DEI, San José, 1987. (También: Pasos, San José, Nr. 6. Junio 1986.

En ningún caso esta política antiestatista ha disminuido la actividad estatal. Pero ha reestructurado al Estado. Aumentaron las fuerzas represivas del Estado en el grado, en el cual el Estado dejó de cumplir con sus funciones sociales y económicas. En nombre de la ideología del antiestatismo el Estado policíaco sustituyó al Estado social. La ideología antiestatista sirvió como pantalla que esconde un aprovechamiento sin límites del Estado de parte de los poderes económicos internacionales y nacionales. Se trata de una tendencia, que comenzó con la ola de dictaduras de Seguridad Nacional de los años 70 en América Latina y que sigue vigente hoy a pesar de todas las democratizaciones. A las dictaduras de Seguridad Nacional siguieron democracias de Seguridad Nacional.²

El Estado en América Central.

En América Latina, la denuncia generalizada del Estado se realiza en un continente, que tiene Estados muy poco desarrollados y de una institucionalización sumamente precaria. Hay pocos Estados con la capacidad de una acción racional en todo su territorio o en partes de éste. Quizás Chile y Uruguay tienen Estados más desarrollados, pero en el resto del continente el estado es poco eficaz y su presencia nacional es por un lado simbólica, por otro lado descansa en la presencia de sus fuerzas armadas y represivas, mientras la vigencia de las leyes del Estado es en muchas partes completamente efímera.

Si eso vale para América Latina en general, más vale para América Central, posiblemente con la excepción de Costa Rica. En Nicaragua ha habido primera vez un cierto desarrollo estatal durante el gobierno sandinista, mientras en los otros países el Estado es una imposición desde arriba, efectuada por las fuerzas armadas y simbolizada por la bandera y el himno nacional y la iglesia católica. La situación, en general, corresponde a lo que ya en el siglo XIX se describe como Estados, en los cuales hay solamente dos instituciones de vigencia nacional: el ejército y la iglesia católica. Aunque la posición de la iglesia católica se está debilitando rápidamente, ella sigue siendo la única representante nacional en el plano simbólico al lado del ejército en el plano del ejercicio de la fuerza. A pesar de las grandes diferencias entre algunos países, sobre todo con Costa Rica, eso sigue siendo la tendencia general.

² Ver Hinkelammert, Franz: El Estado de Seguridad Nacional, su democratización y la democracia liberal en América liberal en América Latina. En: Democracia y Totalitarismo. DEI, San José, 1987.

Estos Estados precarios tienen una fuerte tendencia al autoritarismo, y tradicionalmente son dominados por dictaduras militares. Cuando aparecen periódicamente regímenes de democracia parlamentaria, se trata de democracias oligárquicas, que en cualquier momento pueden ser arrollados por nuevas dictaduras militares, apoyadas por estas mismas oligarquías.

La fuerte presencia del ejército en la institucionalidad del Estado en América Central –y en América Latina en general– no atestigua la existencia de Estados fuertes. Es más bien resultado de una situación, en la cual el Estado es débilmente desarrollado. El Estado no cumple con funciones básicas para la sociedad y suple esta su falta por la existencia de un aparato represivo exageradamente grande.

Esta es la razón de la fuerte tendencia en América Central, de basar la legitimidad del orden existente en la presencia del ejército. La incapacidad de cumplir las funciones del Estado, obliga al Estado ser un Estado autoritario. Esta falta del desarrollo del Estado se nota en América Central en muchas partes, aunque con grandes diferencias entre cada uno de los países. Los Estados no pueden ni formular estrategias económicas o sociales a largo plazo. Donde aparecen intentos de formular tales planes de parte de ministerios de planificación, no llegan a definir políticas, sino se limitan a declaraciones de intenciones. Tampoco hay sistemas de educación, que sean capaces de cubrir las necesidades de los países, ni capacidad de implementarlos. Tampoco hay sistemas de salud, que puedan cubrir la población entera. La economía se desarrolla al azar, y a falta de una política económica nacional, sigue pistas de orientación dadas por los países del centro y las instituciones internacionales dominadas por ellos. Dada esta ausencia, no es posible tampoco tener una estrategia del desarrollo científico o técnico. De todo eso se habla constantemente, pero no hay capacidad política para implementar.

Esta falta del desarrollo estatal se nota muy visiblemente en dos lugares importantes. Los ejércitos de América Central ni son capaces de un reclutamiento militar regular, siendo ellos la institución nacional más presente en la sociedad entera. El reclutamiento todavía hoy se hace por secuestro, excepto en Nicaragua, donde el gobierno sandinista terminó con este procedimiento. Se recluta por asalto a los lugares, donde los jóvenes se juntan (salones de baile, cines, carnavales, cursos de capacitación etc.) y se los lleva por la fuerza a los cuarteles. Después de pasar varios días, las familias son informadas. Si tienen influencias correspondientes, pueden sacar a su hijo. Los otros vuelven después de haber realizado su servicio militar.

El cobro de impuestos es parecido. No se cobran donde hay ingresos, sino donde alguien por alguna razón tiene que sacar la bolsa o se le

produce alguna situación de urgencia. Por eso la enorme importancia para los ingresos del Estado del impuesto de compra-venta, de las tasas de aduana, de la salida del país y todo tipo de diligencias estatales, que sirven para obligar al ciudadano a pagar. Sin embargo, los impuestos directos son muy pocos. Se cobra a los asalariados, pero son casi inexistentes para los ingresos altos.

Sin embargo, hasta en esta situación de cobro de impuestos la evasión de impuestos es la regla, no la excepción. Como los reclutas corren, para que el ejército no los encuentre, los ingresos corren, para que el Estado no les cobre.

El Estado no es capaz de obligar, y la evasión no es perseguida por castigos sensibles. Las leyes del Estado son para los que no tienen escape, pero de ninguna manera tienen vigencia universal.

Ciertamente, en una situación de este tipo, el Estado solamente puede defender el orden existente por la presencia del ejército, cuya alta importancia y cuya represión de nuevo atestiguan el hecho de un Estado débil y poco desarrollado, y no de un Estado fuerte.

El caso de Costa Rica es la excepción, que confirma precisamente esta regla. Costa Rica es el único país de América Central, donde la presencia de los aparatos represivos es poco notable y donde hasta ahora ni existe un ejército. Sin embargo, Costa Rica es a la vez el país, que tiene más desarrollo estatal en la región. Se nota eso en un sistema escolar, que cubre todo el país y que ya tiene cierta diversificación, y con un sistema de salud de carácter parecido. Con la banca nacionalizada existe un instrumento que permite efectuar una política económica orientada por una estrategia, cuyo resultado ha sido un desarrollo económico mucho más igual entre campo y ciudad que en el resto de la región. Logró por tanto un alto grado de legitimidad del orden existente, que descansa sobre el consenso. Por tanto, la nación puede existir sin algún ejército relevante, que supla una falta de desarrollo del Estado por un régimen autoritario. Este hecho explica la larga tradición democrática del país, cuya base ha sido: un desarrollo equilibrado entre campo y ciudad, el cumplimiento de funciones básicas del Estado en la definición de una estrategia económica, de educación y de salud, y una distribución de ingresos mucho más moderada que en el resto de la región.

En América Central, –como en general en América Latina– visiblemente los ejércitos devoran a sus países. Consumen destructivamente el excedente económico, paralizando el desarrollo. El orden existente, que ellos estabilizan, es un orden sin posibilidad de futuro, en el cual oligarquías juntas con los ejércitos destruyen el futuro. Por eso, si Costa Rica ha logrado escapar hasta cierto grado de esta tendencia, eso ocurrió, porque logró evitar el surgimiento de un ejército y de canalizar el

excedente económico mediante el desarrollo del Estado hacia las tareas del desarrollo.

Donde el Estado ha desarrollado sus funciones ampliamente, los aparatos represivos tienen un papel más bien subsidiario y no dominante, mientras en los casos de un desarrollo insuficiente del Estado estos aparatos se transformaron en el poder dominante del Estado. De eso resulta la tendencia al Estado autoritario.

A falta del desarrollo del Estado, en América Latina como en América Central, la prevalencia de las dictaduras militares asegura tradicionalmente la continuidad del orden existente. Sin embargo, en alto grado son los mismos ejércitos, que estabilizan el orden, que hacen imposible el desarrollo de los países. Al destruir el excedente económico improductivamente, desvirtúan la posibilidad de un desarrollo futuro.

Esta tendencia al orden autoritario no se ha dado solamente en América Latina. Una tendencia parecida se nota tanto en la historia de Europa Occidental y en EEUU. También en estos países en los siglos XVIII y XIX el débil desarrollo del Estado lleva a Estados autoritarios, aunque en este caso en forma democrática. Estas democracias son democracias autoritarias hasta por lo menos la Primera Guerra Mundial. Estabilizan el orden existente tampoco por el consenso, sino por la simple imposición de los grupos que sustentan este orden. Lo hacen por medio del voto clasificado, en el cual los votantes, según sus ingresos, tienen diferente número de votos. Al no existir el voto universal, los grupos dominantes tienen automáticamente la mayoría, y disputan el gobierno entre ellos. La esclavitud en EEUU y la posterior separación de las razas —una especie de Apartheid— ha tenido el mismo efecto. Sin embargo, en este caso no son los ejércitos, que estabilizan el orden, sino fuerzas represivas policiales, lo que hace más fácil el tránsito a la democracia de voto universal después de la Primera Guerra Mundial y es más compatible con el uso del *excedente* económico para tareas del desarrollo.

Sin embargo, también en estos países la transición a la democracia del voto universal impone la necesidad de establecer un consenso para poder estabilizar el orden existente. Eso solamente se ha podido lograr por el desarrollo del Estado, que ocurre paralelamente a esta transición. Por eso, EEUU, que menos ha logrado desarrollar el Estado, más lentamente ha progresado al voto universal (de hecho, existe recién desde los años cincuenta de este siglo, como resultado del Civil Rights Movement) y todavía hoy mantiene mecanismos, que aseguran una muy baja participación en las elecciones (que raras veces alcanza el 50% de los con derecho al voto). Allí aparecieron, por tanto, las teorías actuales de la democracia gobernable, dirigida o controlada, que atestiguan el hecho, de que en Estados Unidos el precario desarrollo del Estado no logró establecer un consenso que permita, que el voto universal *dirija* la

determinación del gobierno. Un consenso eficaz no es simplemente psicológico, sino consiste en el desarrollo de una sociedad civil amplia, que sin mediación positiva de un Estado desarrollado, no puede surgir.

El antiestatismo metafísico frente al desarrollo del Estado: Sociedad Civil y Estado.

El antiestatismo metafísico es la respuesta surgida en las décadas de los 70 y 80 al desarrollo de la sociedad civil y del Estado en las décadas de los 50 y 60.

Las décadas de los 50 y 60 son décadas de desarrollo en América Latina. Se trata de un desarrollo económico, social y político con miras a establecer un consenso, que apoye la estabilidad del sistema social existente. Para lograr este consenso, se fomenta la industrialización por un marco de planificación estatal global, desarrollando a la vez el Estado en términos de un Estado social (leyes laborales, sistema de educación y salud, reforma agraria etc.) Este desarrollo estatal empuja un desarrollo de la sociedad civil a nivel de *organizaciones sindicales en la industria y el campo, vecindades, cooperativas, organizaciones juveniles. Aparece una sociedad civil amplia, con sus exigencias frente al mundo empresarial y frente al Estado.*

La política de industrialización se basa en la substitución de importaciones, y logra un rápido desarrollo industrial en muchas partes. Sin embargo, cuando esta política hace crisis y se estanca, aparecen conflictos a nivel de la sociedad civil, que rápidamente se extienden al campo político. El aumento tendencial del desempleo y la concentración del ingreso a fines de la década de los sesenta subvierten el consenso sobre el sistema social, y la democracia de voto universal produce mayorías, que tienden a la ruptura. Esta crisis aparece en toda América Latina, pero también en los países del centro, donde la rebelión estudiantil del año 1968 hace visible una crisis de legitimidad, que es crisis del consenso. En los países del centro se logra superar esta crisis, pero en los países de América Latina la respuesta es extrema y lleva a la ruptura con todo el sistema democrático existente. Se abandona la política del consenso y se pasa a la imposición violenta del capitalismo amenazado.

Aparecen las dictaduras de Seguridad Nacional, que ya no son del tipo de las dictaduras militares tradicionales de América Latina. Estas dictaduras ahora son altamente ideológicas y hasta metafísicas, frente a dictaduras tradicionales simplemente continuistas. Las dictaduras de Seguridad Nacional definen una relación nueva con la sociedad civil y con el Estado a partir del poder militar, que se apoya en el terrorismo del Estado sistemático.

Estas dictaduras se transforman en el portador del antiestatismo metafísico en América Latina y aparecen en los años ochenta también en América Central (Honduras, Guatemala y San Salvador). Aunque operen muchas veces con una pantalla democrática, actúan como lo han hecho las dictaduras de Seguridad Nacional de los 70 en los países de América del Sur. Apoyados en el terrorismo del Estado, imponen por la fuerza un sistema económico, que prescinde de un consenso de la población.

En nombre del antiestatismo estas dictaduras de Seguridad Nacional actúan en un doble sentido. Por un lado destruyen la sociedad civil, como ha surgido en las décadas anteriores. Por eso, destruyen los movimientos populares en todos sus ámbitos, sindical, cooperativa, vecinal. Destruyen también la organización social derivada de las reformas agrarias en el campo. Destruyen igualmente las organizaciones políticas generadas en vinculación con esta sociedad civil. Por el otro lado, destruyen las actividades del Estado, que han acompañado y mediatizado esta sociedad civil, o sea la capacidad del Estado de trazar una estrategia económica y los sistemas de salud y educación.

Toda esta destrucción se realiza en nombre del desmantelamiento del Estado y de la privatización de sus funciones, una línea de acción fundamentada por una verdadera metafísica antiestatista de los aparatos de represión.

Por supuesto, el *Estado ni desaparece ni disminuye*. Lo que aparece, es un Estado distinto del anterior. El anterior Estado buscaba el consenso popular. Por eso desarrolló funciones, que promovieron a la vez la sociedad civil. Este nuevo estado es un Estado de imposición violenta, que ha renunciado al consenso de la población, para destruir la capacidad de la sociedad civil de ejercer resistencia u oposición frente a las líneas impuestas por la política estatal inspirada en la política del mercado total. *Es un Estado enemigo de la sociedad civil*, que la reduce a la empresa privada, que actúa en relaciones del mercado.

El concepto de la sociedad civil resultante es muy similar a lo que era durante el siglo XIX. El concepto apareció a comienzos de aquel siglo, y se refería a toda la actividad social no iniciada o influida directamente por el Estado. Dado el poco desarrollo social de las sociedades europeas en este tiempo, prácticamente *sociedad civil se identificó con el ámbito de la actuación de la empresa privada*. Hasta el idioma alemán expresa eso directamente. Se habla allí de sociedad burguesa, "bürgerliche Gesellschaft". Esta concepción de la sociedad civil corresponde al hecho de la democracia autoritaria vigente en este tiempo. Se trata de una sociedad civil nítidamente clasista, en la cual solamente la burguesía tiene voz y, por tanto, es considerada.

Durante el siglo XIX se desarrolla la sociedad civil, y a comienzos del siglo XX ya no tiene sentido, identificarla con la sociedad burguesa. Al

lado de las empresas privadas han aparecido un gran número de organizaciones populares, en especial sindicatos y cooperativas, que se expresan políticamente en los partidos socialistas, que presionan hacia el voto universal. La sociedad civil deja de ser el ámbito de una sola clase, sino ahora aparecen otras clases organizadas. En su seno aparece un conflicto, que es primero un conflicto de clases.

Al considerar el Estado burgués este conflicto como legítimo, empieza a relacionarse con él desarrollando nuevas funciones del Estado, que posteriormente logran establecer un nuevo consenso, que no elimina este conflicto, pero que lo canaliza y lo institucionaliza. Donde eso no ocurre, aparecen los primeros Estados burgueses violentos con la perspectiva pretendida de suprimir completamente este conflicto. Se trata de los Estados fascistas surgidos entre las dos guerras mundiales. Después de la II. Guerra Mundial el Estado burgués de reformas se impone en toda Europa Occidental. Funciones del Estado y sociedad civil se desarrollan paralelamente, y el cumplimiento de las funciones del Estado posibilita precisamente el fomento del desarrollo de la sociedad civil. La relación entre los dos está en la base del consenso democrático, que las sociedades de Europa Occidental produjeron después de la II. Guerra Mundial y la base de su democracia electoral con voto universal. Se trata del tipo de consenso, que América Latina intentó realizar en las décadas de los 50 y 60, una línea, que todavía la Alianza para el Progreso persiguió.

La metafísica del antiestatismo aparece en las décadas de los 70 y 80, cuando la sociedad capitalista rompe este consenso y se vuelve a estabilizar por la imposición pura y llana de sus relaciones de producción. Aparentemente vuelve a los siglos XVIII y XIX. Efectivamente, los pensadores de la economía política de este tiempo, en especial Adam Smith, ya habían desarrollado las bases teóricas de este antiestatismo, del cual sacaron como conclusión la exigencia de un Estado mínimo (Estado Guardián). Se entiende la vuelta actual a Adam Smith como clásico del pensamiento económico por esta vuelta a su antiestatismo. Sin embargo, hoy las mismas tesis del antiestatismo resultan mucho más extremas de lo que eran en estos siglos pasados. En el siglo XVIII la sociedad capitalista se enfrentó con una sociedad feudal pasada, a la cual destruyó en nombre de sus consignas antiestatistas. Esta sociedad no tenía ni fuerza ni esperanza para poder resistir. La nueva sociedad civil todavía no había nacido. La burguesía era de hecho la única clase social organizada, y, no descubrió ninguna necesidad de un desarrollo estatal específico. Restringía el Estado a la función de aplicar la ley burguesa en su interior y al ejército para sus relaciones con el exterior.

En esta situación, el antiestatismo no alcanza tampoco los niveles metafísicos, que aparecen hoy, cuando la sociedad burguesa destruye

una sociedad civil, que se ha desarrollado en su interior. Cuando hoy las dictaduras de Seguridad Nacional enfrentan a los movimientos populares para destruirlos, se enfrentan con organizaciones, que surgieron como parte de la propia sociedad burguesa. Por eso, la agresividad resulta mayor y las formulaciones del antiestatismo más metafísicas.

Mercado y Plan: La Constitución del Antiestatismo.

Cuando la sociedad civil es reducida a la sociedad burguesa, ella tiende a identificarse con el mercado. Las relaciones sociales de la sociedad civil se ven entonces exclusivamente en términos de relaciones mercantiles, y otras relaciones sociales parecen ser secundarias o hasta innecesarias. Esta es la visión de la sociedad civil de la burguesía de los siglos XVIII y XIX, que hoy vuelve en nombre del antiestatismo neoliberal.

Si eso se piensa hasta el extremo, entonces la sociedad civil identificada con el mercado se ve enfrentada con un Estado innecesario, que hace falta abolir. Si sobrevive, lo hace en nombre de un Estado mínimo inevitable, que asegura el derecho de la propiedad privada y el cumplimiento de los contratos. Se trata de un Estado esencialmente represivo. Otra función no tiene. Se trata de una visión maniquea de la sociedad, en la cual el mercado es el único polo legítimo de la acción, mientras el Estado es algo que sobra o que es, en el mejor de los casos, un mal necesario. A eso responde el principio burgués: Tanto mercado como posible, tanto Estado como inevitable. Por tanto, no hay funciones del Estado fuera de ser guardián represivo del derecho burgués.

Resulta la visión liberal del Estado, en la cual el Estado es esencialmente represivo, y ejército y policía son sus instituciones centrales. No se concede al Estado ninguna función positiva. Su única función es, asegurar el funcionamiento del mercado. Por tanto, la función del Estado es esencialmente negativa, porque todo el funcionamiento de la sociedad se asegura a través del mercado.

Con eso, aparentemente, se elimina la misma política. Al ser exclusivamente represivo el Estado y al concentrarse su función exclusivamente en la imposición de las leyes del mercado, aparentemente la política se disuelve en técnica. Por supuesto, sigue habiendo política. Pero toda la política ahora se esconde detrás de una pantalla, que la hace aparecer como una simple aplicación de una técnica. El mercado parece una exigencia científica, y de la ciencia se deriva la técnica de su aplicación.

Esta visión liberal del Estado tiene un trasfondo metafísico, que la teoría liberal elabora refiriéndose a la fuerza autorreguladora del mercado. Por tanto, es imposible analizar la función del Estado sin analizar la relación del Estado y de la planificación con el mercado. El antiestatismo de hoy de hecho no es más que la sustitución del Estado por la totaliza-

ción del mercado. En cuanto el Estado, por supuesto, sobrevive, es transformado en un aparato represivo que tiene su única función en la represión de cualquier resistencia frente al mercado. El Estado burgués, que hoy resulta, es el Estado policial.

De eso sigue, que tenemos que volver, aunque brevemente, sobre la teoría de la autorregulación por el mercado, en la cual se remonta este antiestatismo burgués y de su crítica. Como su clásico es Adam Smith, todo antiestatismo actual comienza con una recuperación de los pensamientos de él. Por tanto, vamos a empezar con la visión de Adam Smith.

La Armonía de Adam Smith.

Adam Smith describe la sociedad burguesa a través de un gran mito utópico, el mito del mercado. El mercado es para él la gran síntesis humana, buscada por toda la historia, entre el interés propio de cada uno de los seres humanos y el interés público, o interés general, el interés de todos. Comportándose el hombre en mercados, su persecución del interés propio asegura automáticamente el interés común de todos. El mercado es una estructura maravillosa, que le quita al hombre toda responsabilidad por el resultado concreto de sus actos, porque automáticamente asegura, que este resultado sea directa o indirectamente de provecho para todos. Cuanto menos el hombre se preocupa de los otros y de su suerte, mejor asegura a los otros condiciones humanas de su vida. Toda una dialéctica de los contrarios se constituye, que primera vez la había descrito Mandeville anteriormente como: vicios privados, virtudes públicas. Adam Smith da a esta percepción de Mandeville su cuerpo teórico.

La irresponsabilidad por el resultado de los actos ya no parece ser irresponsabilidad, sino verdadera responsabilidad. La dureza y hasta brutalidad en las relaciones humanas ya no parece ser dureza o brutalidad, sino exactamente lo contrario: única forma realista de preocupación por el otro, realismo del amor al prójimo.

Adam Smith describe este milagro realizado por la estructura del mercado, como la "mano invisible", verdadera Providencia que guía a los actos humanos armónicamente:

"Ninguno, por lo general se propone originariamente promover el interés público, y acaso ni aún conoce cómo lo fomenta cuando no abriga tal propósito. Cuando prefiere la industria doméstica a la extranjera, sólo medita su propia seguridad, y cuando dirige la primera de forma que su producto sea del mayor valor posible, sólo piensa en su ganancia propia;

pero en este y en otros muchos casos es conducido, *como por una mano invisible, a promover un fin que nunca tuvo parte en su intención*".³

Este es el automatismo: hay un fin, que es el interés general, que se cumple precisamente porque no se lo toma como meta. Instalado el automatismo, el interés de todos se defiende exclusivamente y mejor, defendiendo este automatismo a ultranza. Por tanto se ha sustituido la ética en todos los ámbitos humanos por la instauración de los valores del mercado: cumplimiento de contratos y respeto de la propiedad privada. Estos valores, al institucionalizarse en estructuras de mercado, expulsan todos los otros. El interés de todos y con él el bien común se transforma en una simple tecnología, que se aplica asegurando la estabilidad de esta estructura. En la estructura del mercado se descarga toda sensación humana, toda capacidad de consideración del otro. La estructura del mercado como referencia mítica desata la completa irresponsabilidad, dándole el aspecto de la única y verdadera responsabilidad.

La ética social es sustituida por una técnica. Para cumplir con lo que sociedades anteriores pensaban como ética, la burguesía ahora suplanta una simple técnica: imponer mercados. Por eso, esta burguesía ya no hace política tampoco. ¿Para qué política, si hay un medio técnico, que por su propia inercia asegura infaliblemente, lo que la ética y la política anteriormente apuntaba ilusoriamente?⁴ La burguesía se siente iluminada, con la fórmula matemática y técnica en las manos, que permite llegar calculadamente a lo que otros antes de ella querrían llegar ilusoriamente. Los valores de la propiedad privada y del cumplimiento de contratos se transforman en esta estructura mágica, que cumple una estructura, automáticamente, con todos los sueños de la humanidad. La destrucción del hombre, que la burguesía lleva a cabo, es ahora vista como verdadera salvación humana. la historia del colonialismo, de la esclavitud cristiana y liberal –el imperio de esclavos mayor de toda la historia humana– los

3 Smith, Adam: La riqueza de las Naciones. Editorial Bosch, Barcelona, 1983. Reproducida por UACA, San José, Costa Rica, 1986. Libro IV, Cap. II, Sección I. Tomo II, p. 191.

4 Max Weber lo afirma: "Este fenómeno: el que una orientación por la **situación de intereses escuetos**, tanto propios como ajenos, produzca efectos análogos a los que se piensa obtener coactivamente –muchas veces sin resultado– por una ordenación normativa, atrajo mucho la atención, sobre todo en el dominio de la economía; es más, fue precisamente una de las fuentes del nacimiento de la ciencia económica". Conceptos sociológicos fundamentales. \$4. Weber, Max: Economía y sociedad. Fondo de Cultura Económica. México, 1944. P. 24.

fascismos del siglo XX y las dictaduras de la Seguridad Nacional cuentan de las consecuencias, que esta visión pretendidamente científica de la sociedad tiene.

Aparece un egoísmo, que moralmente se entiende precisamente como lo contrario: preocupación realista por la suerte del otro. Por eso, la burguesía ni entiende el reproche del egoísmo: para ella, la persecución del interés propio es la promoción de todos los otros, y sería dañino, preguntar por los efectos concretos que la acción tiene sobre el otro. El burgués, al perseguir exclusivamente su interés propio, está completamente convencido, que está persiguiendo la salvación del otro. Él cree en la identidad de todos los intereses a través del mercado.

Este cálculo del interés propio se transforma en el pensamiento burgués hasta en el distintivo del hombre frente a los animales. Es asunto de animales, pedir protección, ser tomado en cuenta. El hombre calcula sus intereses:

"Cuando a un animal falta alguna cosa que quiere conseguir de un hombre o de otro animal, no tiene más remedio de persuasión que granjear con halagos la gracia de aquel de quien él aprende que ha de recibir lo que busca. Un cachorro acaricia a su madre, y un perro procura con mil halagüeños movimientos llamar la atención de su dueño cuando se sienta a comer, si ve que no le dan el alimento que necesita".⁵

Sin embargo, el hombre no es animal. Necesita también a los otros, pero consigue su colaboración por el cálculo del interés propio. El mito utópico del mercado lo defiende en nombre del realismo. Adam Smith sigue con las siguientes palabras:

"Pero el hombre se halla siempre constituido, según la ordinaria providencia, en la necesidad de la ayuda de su semejante, suponiendo siempre la del primer Hacedor, y aun aquella ayuda del hombre en vano la esperaríamos siempre de la pura benevolencia de su prójimo, por lo que la conseguirá con más seguridad interando en favor suyo el amor propio de los otros, en cuanto a manifestarles que por utilidad de ellos también les pide lo que desea obtener. Cualquiera que en materia de intereses estipula con otro, se propone hacer eso: «dame tú lo que me hace falta, y yo te daré lo que te falta a tí». Esta es la inteligencia de semejantes compromisos, y éste es el modo de obtener de otro mayor parte en los buenos oficios de que necesita en el comercio de la sociedad civil. *No de la benevolencia del carnicero, del vinatero, del panadero, sino de sus miras al interés propio es de quien esperamos y debemos esperar nuestro alimento. No imploramos su humanidad, sino acudimos a su amor*

5 Smith, op. cit. tomo I, p. 53-54

propio; nunca les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas".⁶

Aparece la división social del trabajo como un sistema de cálculos del interés propio, que no admite ninguna corrección. Hay una convicción ingenua, de que un mecanismo de este tipo es benevolente simplemente en cuanto estructura. Ciertamente, nadie duda, que en una división social del trabajo aparecen y tienen que aparecer estos cálculos del interés propio. sin embargo, la teoría de la armonía nos llama a no admitir ni una sola referencia diferente. Todo tiene que reducirse a este cálculo del interés propio, mientras sólo la ideología del mercado vigila por el interés ajeno. Uno es servidor del otro, y la ganancia que logra, es medida cuantitativa de la eficacia de este servicio. El mercado parece ser un simple ámbito de servicios, en el cual el interés propio impulsa a cada uno, servir al otro lo más y lo mejor posible. El mercado es *societas perfecta*, que nunca tiene la culpa, pero frente a la cual todos son culpables. Sustituye a la iglesia de la Edad Media en esta posición.

Sin embargo, esta teoría de la armonía del mercado va acompañada por un tenebroso realismo. No sostiene, que a todos les va bien en los mercados. Al contrario, vincula el mercado con un silencioso, cotidiano genocidio. Lo que celebra en cuanto al mercado, es, que éste es capaz de eliminar a todos los hombres, que no tengan la capacidad o iniciativa para imponerse. En el mercado sólo sobreviven los más aptos, los otros perecen. El mercado es un sistema de competencia, en el cual no solamente se decide sobre los productos y su producción, sino igualmente sobre los productores y su vida. La armonía no sólo es de la oferta y demanda de productos, sino igualmente de productores. El mercado es un señor sobre vida y muerte:

"En una sociedad civil, sólo entre las gentes de inferior clase del pueblo puede la escasez de alimentos poner límite a la multiplicación de la especie humana, y esto no puede verificarse de otro modo que destruyendo aquella escasez una gran parte de los hijos que producen sus fecundos matrimonios... Así es, como *la escasez de hombres, al modo que las mercaderías, regula necesariamente la producción de la especie humana*: la aviva cuando va lenta y la contiene cuando se aviva demasiado. Esta misma demanda de hombres, o solicitud y busca de manos trabajadoras que hacen falta para el trabajo, es la que regula y determina el estado de propagación, en el orden civil, en todos los países del mundo..."⁷

6 Smith, op. cit. Libro I, Capítulo II, San José 1986, Tomo I, p. 54.

7 Smith, op. cit. Libro I, Cap. VIII: De los salarios del trabajo. Sección II. Tomo I, p. 124.

La armonía de Adam Smith no es armónica para todos. Funciona solamente para una clase social. Es clasista y celebra una lucha de clases desde arriba, que la burguesía lleva a cabo desde el siglo XVIII. Sirviéndose unos a otros, se elimina a aquellos, que no logran hacer un servicio que les permita vivir. Sin embargo, su muerte es un logro del interés general y del bien común, un sacrificio necesario para que el conjunto se desarrolle para el bien de todos. El individualismo desemboca en un colectivismo cínico sin límites.

Se trata de una visión del mundo, que nos puede explicar adecuadamente el capitalismo del siglo XVIII y de una gran parte del siglo XIX. Hay ciertos cambios a partir de fines del siglo XIX, que impregnan el sistema capitalista hasta los años setenta del siglo XX. Sin embargo, en estos años 70 ocurre otra vez un cambio, y los años ochenta atestiguan la vuelta de un capitalismo, que de nuevo puede ser interpretado adecuadamente por la visión del mundo de Adam Smith. Eso precisamente explica, porque hoy Adam Smith de nuevo es considerado el clásico principal del pensamiento económico.

Hoy encontramos la misma visión del mundo, que habíamos demostrado con Adam Smith, en autores como p.e. Hayek, cuando durante un viaje a Chile en uno de los peores momentos de la dictadura de Seguridad Nacional dice:

"Una sociedad libre requiere de ciertas morales que en última instancia se reduce a la mantención de vidas: *no a la mantención de todas las vidas, porque podría ser necesario sacrificar vidas individuales para preservar un número mayor de otras vidas.* Por lo tanto las únicas reglas morales son las que llevan al «cálculo de vidas»: la propiedad y el contrato".⁸

Tenemos el mismo argumento: el sacrificio de vidas humanas es necesario en pos del interés general, expresado esta vez por Hayek como preservación de un número mayor de vidas en el futuro. La expresión es vacía y mítica.

Actuar en favor de los desfavorecidos, solamente es recomendable, si al no hacerlo peligran la estabilidad del sistema. Así lo expresa Lyotard en su libro sobre el pensamiento postmoderno:

"El derecho no viene del sufrimiento, viene de que el tratamiento de éste hace al sistema más performativo. Las necesidades de los más desfavorecidos no deben servir en principio de regulador del sistema, pues al ser ya conocida la manera de satisfacerlas, su satisfacción no

8 El Mercurio. 19-4-81, Santiago de Chile. Entrevista. Hayek concede esta entrevista con la ocasión de su visita a Chile para participar en un congreso de la sociedad de Mont Pellerin.

puede mejorar sus actuaciones, sino solamente dificultar (aumentar) sus gastos. La única contra-indicación es que la no-satisfacción puede desestabilizar el conjunto. Es contrario a la fuerza regularse de acuerdo a la debilidad".⁹

Se trataría en este caso no de reformas sociales, sino de reformas antisubversivas. la guerra psicológica se encarga de producir una situación, en la cual la no-satisfacción de las necesidades deje de desestabilizar el conjunto. En este caso no hay ninguna contra-indicación. Es el caso de Adam Smith, en el cual el mercado regula el número de seres humanos vivientes, condenando a muerte a los sobrantes.

Visiblemente, se trata de una visión del mundo, en la cual ni existen derechos humanos. La igualdad de los hombres es un derecho de todos por igual, de matar al otro. Lo que se le impone al hombre es exclusivamente, hacerlo dentro de las reglas del mercado.¹⁰

La Crítica de Marx: el mercado como sistema autorregulado.

La crítica de Marx a Adam Smith, sin embargo, no se limita a la afirmación de derechos humanos frente a tal sistema de automatismo estructural. Marx asume el mismo método científico de Smith, para llevarlo a consecuencias, que Smith no previó.

Por eso, Marx acepta, que el mercado sea un sistema autorregulado, que produce exactamente el tipo de armonía, que Smith le imputa. Sin embargo, Marx busca las explicaciones y las razones. Describe este tipo de autorregulación por una característica central:

9 Lyotard, Jean-Francois: La condición postmoderna. Ediciones Cátedra. Madrid 1987. p. 112/113. En el mismo sentido ver Baudrillard: "Si el sistema pudiera funcionar sin alimentar a sus hombres, no habría siquiera pan para los hombres. Es en este sentido en el que todos somos, dentro del marco de este sistema, sobrevivientes. Por lo demás, el propio instinto de conservación no es fundamental: es una intolerancia o un imperativo social: cuando el sistema lo exige, hace que los hombres anulen este «instinto» y el morir los exalte (por una causa sublime, evidentemente)". Baudrillard, Jean: Crítica de la economía política del signo. Siglo XXI. México, 1974, p. 86.

10 El mismo Locke trata este poder como legítimo, aunque sea despótico: "El poder paternal no existe sino donde la minoría de edad hace al niño incapaz de cuidar por sí mismo de su propiedad; el poder político allí donde los hombres pueden disponer de sus propiedades; y **el poder despótico no existe sino sobre aquellos hombres que no tienen propiedad**". Locke, John: Ensayo sobre el Gobierno Civil. Aguilar, Madrid 1969. Pág. 174 Estos son los tres poderes legítimos de Locke. Los tres poderes de Montesquieu no son sino una subdivisión del poder político de Locke. Su equilibrio deja funcionar sin control el poder despótico, que Locke defiende.

"En la división de trabajo del taller, la cantidad proporcional que primero da la práctica y luego la reflexión, gobierna *a priori*, como una regla, la masa de obreros asignada a cada función específica. En la división social del trabajo, sólo actúa *a posteriori*, como necesidad fatal, oculta, muda, perceptible nada más que en las variaciones barométricas de los precios de mercado, que se impone y domina por medio de catástrofes el capricho arbitrario de los productores de mercancías."¹¹

Según Marx, el equilibrio resultante es un "equilibrio por el desequilibrio", un equilibrio que resulta únicamente por reacciones de los actores a desequilibrios del mercado. Es un equilibrio, que presupone la existencia de desequilibrios y jamás los puede eliminar.

Esta es la razón, que hace, que el proceso de producción sea un "martirio del productor". El mercado no puede dejar de producir este martirio, porque sin él no podría producir el equilibrio de la armonía de Adam Smith.

Marx denuncia por tanto al mercado como un automatismo mortal para una clase productora, que está continuamente amenazada por la muerte. Una muerte, que para una parte de los productores constantemente se produce efectivamente.

Esta muerte es condición de la eficacia del mercado. Marx la ve no sólo como muerte efectiva de personas, sino extiende la problemática. El mercado, al escoger a los muertos, subvierte las propias fuentes de la productividad, sobre la cual esta su eficacia se fundamenta. Este efecto del mercado lleva a subvertirlo con un efecto no-intencional de la acción de sus participantes. Al producir mucho y siempre más, socavan las bases propias de esta su productividad: al hombre y a la naturaleza:

"En la agricultura, lo mismo que en la manufactura, la transformación capitalista de la producción parece no ser otra cosa que el martirologio del productor; el medio de trabajo, apenas la forma de domar, explotar y empobrecer al trabajador; la combinación social del trabajo, la opresión organizada de su vitalidad, su libertad y su independencia individuales. La dispersión de los trabajadores agrícolas en superficies más extensas quiebra su fuerza de resistencia, en tanto que la concentración aumenta la de los obreros urbanos. En la agricultura moderna, al igual que en la industria de las ciudades, el crecimiento de la productividad y el rendimiento superior del trabajo se adquieren al precio de la destrucción y la aniquilación de la fuerza de trabajo. Además, cada progreso de la agricultura capitalista es un progreso, no sólo en el arte de explotar al trabajador, sino también en el de despojar el suelo. Cada progreso en el arte de acentuar su fertilidad durante un tiempo, un progreso en la ruina

¹¹ Marx, Carlos: El Capital. I. Tomo. Cartago. Buenos Aires 1974. p. 349.

de sus recursos duraderos de fertilidad. Cuanto más se desarrolla un país, por ejemplo Estados Unidos, sobre la base de la gran industria, más rapidez presenta el desarrollo de ese proceso de destrucción.

Por consiguiente, la producción capitalista sólo desarrolla la técnica y la combinación del proceso social al mismo tiempo que agota las dos fuentes de las cuales brota toda riqueza: La tierra y el trabajador."¹²

Marx descubre detrás de la producción de bienes en el mercado con su alta eficacia un proceso destructivo, que lo acompaña, sin ser un producto de la intención de los actores del mercado. Estos, al pretender una productividad siempre mayor, logran su alta eficacia a costo de una destrucción, que socava al mismo proceso productivo. Al producir una riqueza siempre mayor, las fuentes de la producción de la riqueza son destruidas.

Adam Smith ya había visto el proceso de destrucción del hombre, cuando explicaba, que oferta y demanda deciden sobre la cantidad de hombres, que pueden sobrevivir. Pero Smith no lo enfoca en su destructividad, sino solamente como fermento de la productividad de la economía capitalista. Tampoco da cuenta del hecho, de que un proceso de destrucción parecido se lleva a cabo con la naturaleza. También la sobrevivencia de la naturaleza es algo que es decidido por oferta y demanda. Recién Marx lo introduce en el análisis, aunque todavía ni lejos le da la importancia que hoy, en el siglo XX, ha llegado a tener.

De esta manera, Marx replantea la tesis del automatismo del mercado, que Adam Smith había formulado. También Marx ve el mercado como un automatismo, que permite una productividad nunca vista antes en la historia humana, y como un sistema autorregulador, que crea un orden por el desorden, equilibrio por el desequilibrio. Orden y equilibrio son productos de una reacción constante en contra el desorden y el desequilibrio, que constantemente se reproducen en el mercado. Sin embargo, Marx descubre, que los efectos de este automatismo socavan, también automáticamente, las fuentes de la riqueza, de las cuales dependen. El automatismo de mercado, según Marx, es por tanto una gran máquina autodestructora a largo plazo. Cuanto más riqueza crea, más destruye las fuentes de las riquezas: el hombre y la naturaleza.

Casi todo eso es simple ampliación del punto de vista elaborado por Adam Smith, aunque ahora dentro de un marco teórico más elaborado y sofisticado. Sin embargo, Marx ha añadido un elemento nuevo, que Smith ni sospechó. Eso es su tesis de un aumento acumulativo de la destructividad del capitalismo, que tendencialmente lleva a la catástrofe del sistema entero. No solamente analiza la destructividad del mercado en

¹² Marx, Carlos: El capital. I. Tomo. Cartago. Buenos Aires 1974. p.482/483.

relación a su productividad, sino llega al resultado, que esta destructividad aumenta con pasos más rápidos que la propia productividad. El sistema se transforma en un peligro para la misma sobrevivencia de la humanidad.

Marx formula esta tesis en sus leyes de tendencias, entre las cuales destaca la ley de la pauperización. Sostiene allí, que por el hecho, de que el mercado fragmenta todas las decisiones económicas, crea desequilibrios, que desembocan en una pauperización de la población integrante del sistema capitalista, que tiene una tendencia automática a extenderse y a profundizarse. Al destruir a los hombres, expulsándolos de la división social del trabajo, desemboca en una tendencia a destruir siempre más. Por tanto, Marx sostiene frente a Smith, que el sistema autorregulado del mercado no tiene estabilidad a largo plazo. Mientras Smith considera la muerte de los expulsados y sobrantes como el aceite de la máquina del mercado, Marx la considera como una destructividad del mercado, que se transforma en el origen de su socavamiento. Ambos parten del mismo fenómeno empírico de sacrificios humanos realizados en el altar del mercado, cuya fertilidad sacrificial consiste en la alta eficacia de la producción mercantil. Sin embargo, Smith los interpreta como razón de una armonía social estable. De hecho, se inscribe en una sacrificialidad arcaica, y sus argumentos no son más que secularizaciones de los sacrificios humanos cometidos por la sociedad arcaica. Al enfrentarse Marx críticamente a eso, llama al capital un molóc, uno de los Dioses antiguos que recibió sacrificios humanos. Marx, sin embargo, no condena solamente estos sacrificios humanos de la sociedad burguesa, sino que analiza sus efectos empíricos. Como resultado sostiene, que su consecuencia es la autodestrucción de la sociedad burguesa por efectos no intencionales de la acción humana guiada exclusivamente por criterios de mercado, un resultado, que es producto del propio automatismo del mercado.

Por eso, Marx no niega que existe un automatismo del mercado ni que el mercado sea un sistema autorregulado. En este sentido, acepta los argumentos de Adam Smith. Pero añade un elemento, que cambia completamente el significado de este automatismo. Se trata de la destructividad acumulativa, que como resultado pone en peligro el mercado mismo. Por sus análisis hace ver, que se trata de una destructividad autodestructora, y no, como cree Adam Smith, de una simple destrucción de otros, cuya destrucción no repercute sobre el mercado mismo. Marx por tanto, dirá, que esta destructividad, que Smith ya imputa al mercado, es, en contra de la opinión de Adam Smith, destructiva para el mercado mismo. Según Marx, el mercado es su automatismo, que automáticamente se socava a sí mismo y con él a la humanidad entera,

al destruir las fuentes de las riquezas, en cuya producción está empeñado.

En el tiempo, en el cual Marx desarrolla este su análisis, interpreta adecuadamente lo que los pueblos europeos están viviendo. Viven la destructividad antihumana de la sociedad burguesa. Sin embargo, ya hacia el fin de la vida de Marx ocurren cambios, frente a los cuales los análisis de Marx parecen ser relativizados o refutados. Estos cambios ocurren en la propia sociedad burguesa. Por un lado, la crueldad desnuda del pensamiento de Smith choca con corrientes humanistas burguesas, que empiezan a oponerse a la aceptación de estas consecuencias del mercado por las sociedades europeas. Por otro lado, el impacto de los movimientos socialistas obliga a la burguesía a aceptar reformas económicas y sociales para amortiguar estos efectos. Aparece el reformismo de la sociedad burguesa y la reformulación de la teoría económica en su forma neoclásica. En esta teoría se inspira el reformismo burgués.

Sustituye la armonía sacrificial de Adam Smith por una imaginación del mercado en términos de un equilibrio perfecto. Surge la teoría de la competencia perfecta, que describe a un mercado, que sea capaz de integrar a todos sus actores en un intercambio de iguales. Ya no se quiere recordar la armonía de Smith. En la visión de estos teóricos neoclásicos, Smith no es nada más que un precursor del pensamiento económico, no su fundador. Fundadores del pensamiento económico moderno se consideran ellos, que sostienen haber transformado la teoría económica en ciencia.¹³

Esta teoría de la competencia perfecta –o teoría general del equilibrio– es una construcción abstracta, que tiene pocos antecedentes en la teoría económica anterior. Sin embargo, uno de sus antecedentes es el modelo del Robinson, como fue usado por el pensamiento económico desde el siglo XVIII. Pero el modelo del equilibrio ya no se refiere a una sola persona en relación a su trabajo con la naturaleza, sino es una especie de "Robinson social", una sociedad, en la cual todos los hombres como participantes del mercado actúan con una transparencia perfecta tal, que el mercado permite en cada momento un equilibrio de todos sus componentes. Hablando con las palabras de Marx, se trata de la construcción de un mercado con una "coordinación a priori" de la división social del trabajo.

Para poder derivar este modelo de la competencia perfecta, se le introduce ciertos supuestos teóricos. El principal es el supuesto de un

¹³ Ver: Assmann, Hugo/Hinkelammert, Franz J.; A Idolatria do Mercado. Ensaio sobre Economia e Teologia. Vozes. São Paulo, 1989.

conocimiento perfecto de parte de todos los participantes del mercado. Por lo tanto se dice: supuesto, que todos ellos tengan un conocimiento perfecto de todos los hechos que ocurren en el mercado, sus decisiones de consumo y producción llevarán la economía a un equilibrio, en el cual toda decisión es optimal y ningún productor es expulsado.

Así aparentemente, se ha concebido un equilibrio de mercado completamente humano, en el cual el mercado funciona sin pedir sacrificios humanos. El reformismo de la sociedad burguesa se inspira en esta imagen abstracta como su utopía, a la cual se quiere aproximar. Es la contraparte de la utopía de Marx, que también concibe una "coordinación a priori" de la división social del trabajo, elaborando en esta línea su imagen igualmente abstracta del comunismo como una "asociación de productores libres", al cual se trata de aproximar.

De esta utopía de la competencia perfecta el reformismo burgués deriva las condiciones de la aproximación. Supone, que la economía del mercado se aproximará tanto más a esta su utopía, cuanto más asegura una competencia efectiva acompañándola por reformas sociales, que empujan la integración de todos en el sistema de la división social de trabajo: reconocimiento de los sindicatos obreros, seguro social, y, a partir de Keynes, política de pleno empleo. Después de la Segunda Guerra Mundial, se incluye la política de desarrollo para los países subdesarrollados. Pero todo eso se entiende como política de aproximación al equilibrio del mercado, sin dudar jamás, de que las metas se pueden conseguir dentro de los límites, que el funcionamiento de mercados libres impone. Así aparece con el reformismo de la sociedad burguesa el intervencionismo estatal, que se autointerpreta como una actividad necesaria para que el mercado pueda encontrar sus metas descritas por la utopía de la competencia perfecta. Se habla del Estado de bienestar.

Esta sociedad burguesa cree, haber refutado la crítica del capitalismo, que Marx había hecho. Parecía, que ya no hay pauperización creciente, sino más bien un bienestar compartido, que se extendía a regiones del mundo siempre mayores. Es la situación de los años 50 y 60 del siglo XX. El mercado parecía ser un medio de compartir riquezas. La tesis de Marx sobre el carácter autodestructor del mercado ya no convence. Pero igualmente Adam Smith pierde su actualidad. El equilibrio de mercados parece haber vencido sobre su armonía sacrificial.

Eso repercute decisivamente sobre el pensamiento marxista posterior a Marx y sobre las sociedades socialistas. Dejan de fundar su actuación sobre la crítica del capitalismo, que Marx había hecho. Más bien interpreta la planificación económica como algo superior al mercado, pero que sin embargo apunta en la misma dirección, en la cual el mercado empuja. En la Unión Soviética se habla de "alcanzar y superar a Estados Unidos". El mercado capitalista da las pautas, hacia las cuales las propias

sociedades socialistas se orientan. Capitalismo y socialismo tienen la misma meta, y cada cual trata de llegar con métodos distintos. No se contraponen destructividad catastrófica del mercado y sociedad alternativa, que ponga en equilibrio la humanidad consigo misma y con la naturaleza, sino mercado y plan.

Sin embargo, cuando el mercado da las metas por alcanzar, también el mercado es el mejor y hasta único camino para alcanzarlas. Si se quiere alcanzar a Estados Unidos, hay que hacerlo con los métodos, que usa Estados Unidos. Por tanto, los países socialistas entran en una crisis, de la cual difícilmente se recuperarán.

Pero, cuando la sociedad burguesa reformista llega a su cúspide a fines de los años 60, su imagen de sociedad sin sacrificios humanos –capitalismo con rostro humano– empieza a derrumbarse. Varias crisis anuncian los problemas.

En los países del centro aparece un desempleo, frente al cual la política keynesiana de pleno empleo resulta ineficaz. Se habla ahora de *estanflación*. Aunque el presupuesto público haga una política de gastos, no se mejora la situación del empleo, sino sólo se refuerza el proceso inflacionario. *Estagnación* se junta con inflación: por eso se habla de *estanflación*.

En el mismo tiempo resulta, que la política de desarrollo, que se había seguido en América Latina y en otros países del Tercer Mundo, entra en un proceso de estagnación. Aunque sigan todavía tasas de crecimiento positivas, aumenta la parte de la población sin empleo. Toda la industria se convierte en un gran enclave. La crisis del desarrollo se hace visible con la deuda externa del Tercer Mundo. Aunque la deuda no es la causa de la crisis, sus efectos ahora la perpetúan.

Paralelamente aparece una crisis, que pocos habían previsto unas décadas atrás. Se trata de la crisis del medio ambiente, que ahora empieza a amenazar la propia sobrevivencia de la humanidad entera. La tecnología y su uso mercantil resulta destructora para una naturaleza, cuya sobrevivencia es condición de la sobrevivencia humana.

Sin embargo, se trata de crisis, a las cuales no corresponde una crisis del capital y del mercado. Los negocios van bien, la tasa de ganancia está subiendo. El carácter de la crisis ha cambiado en relación a las crisis cíclicas del siglo XIX. En el siglo XIX, el aumento de la tasa de ganancia coincide con el aumento del empleo, y la crisis de la tasa de ganancia y su baja corresponde a una baja del desempleo. El desempleo y con él la pauperización es cíclica. Hoy no ocurre eso. El desempleo y la pauperización sube, pero la dinámica del mundo de negocios y de la tasa de ganancias va en aumento también. Desde el punto de vista del capital no hay ninguna crisis. La crisis es de los circuitos de reproducción de la vida humana y de la naturaleza. Sin embargo, las tasas de ganancia suben,

ellas no indican la crisis. La industria mundial se ha transformado en una isla o un archipiélago, una especie de enclave, que se desarrolla tanto mejor, cuanto peor va a los otros. La destrucción de los hombres y de la naturaleza coincide con altas ganancias. Hoy es mucho más visible el hecho, de que las tasas de ganancia suben en el grado en el cual el futuro de la humanidad es destruido. Destruir la naturaleza, destruir el desarrollo del Tercer Mundo, da ganancias más altas que cuidarlos. Tasas de ganancia y sobrevivencia de la humanidad entran siempre más visiblemente en contradicción. El camino de la maximización de las ganancias resulta un camino a la muerte de la humanidad.

Por eso decae el optimismo de la sociedad de bienestar durante los años 70. El desarrollo de los países subdesarrollados se estanca y la destrucción progresiva de la naturaleza es siempre más obvia. Mientras ya desde la década de los 60 se había hablado en los países del Tercer Mundo de la necesidad de medidas para asegurar el desarrollo, que vayan más allá de la vigencia de la sociedad capitalista, aparecen ahora análisis preocupantes de la crisis del medio ambiente. En 1972 se publica "Límites del crecimiento" del Club de Roma. Durante los años 70 el presidente Carter promueve en Estados Unidos una evaluación del medio ambiente mundial, que desemboca en el informe "Global 2000", que confirma la preocupación del Club de Roma. Sin embargo, resulta ahora, que posibles medidas van a tener efectos estructurales profundos sobre el sistema económico.

La primera vez en su historia la sociedad burguesa enfrenta abiertamente la crisis, que ya no pueden ser tratadas en términos de una simple política de reformas en los límites vigentes del libre juego de mercados. El reformismo burgués frente a estas metas –política del desarrollo y política del medio ambiente– desemboca en una crítica de la sociedad burguesa misma. No efectúa esta crítica, pero esta sociedad está visiblemente expuesta a ella. Tanto el desarrollo como el medio ambiente exigen medidas de coordinación del mismo aparato tecnológico, que no pueden ser tomadas de la lógica misma de los mercados. Tienen que ser medidas que dirijan la tecnología *antes* de ser usada mercantilmente.

Es la vuelta de la crítica del capitalismo de Marx. Efectivamente, el mercado ha resultado ser un automatismo, que, al producir la riqueza, destruye progresivamente las fuentes de todas las riquezas: el hombre y la naturaleza. Destruye la naturaleza por sus propios mecanismos, y al destruir a los hombres, destruye más todavía a la naturaleza. Porque los hombres expulsados de la división social del trabajo y condenados a la pauperización, tratan de salvarse destruyendo más la naturaleza todavía.

Vuelven las leyes de tendencia de Marx, que efectivamente pueden interpretar lo que ocurre ahora. El efecto destructor y sacrificial del automatismo del mercado, que ya Adam Smith había demostrado, resulta

realmente acumulativo y ascendente, como Marx lo había sostenido. Hoy podemos ver eso con mucha más intensidad de lo que era posible en el siglo XIX. Tenemos imágenes de este tipo, que aparecen frecuentemente. Se habla, de que son 5 minutos para las doce. Se habla de una bomba de tiempo. Pero se habla también de un deterioro acumulativo de la destrucción sobre todo de la naturaleza, que se acerca a un punto de no retorno, a partir del cual el colapso de la vida ya no es reversible.

Dennis Meadow, el coordinador del estudio del Club de Roma sobre los "Límites del crecimiento", respondió en una entrevista a la pregunta, si no querría realizar hoy un estudio de repercusiones parecidas:

"Suficiente tiempo he tratado de ser un evangelista global, y he tenido que aprender, que no puedo cambiar el mundo. Además, la humanidad se comporta como un suicida, y ya no tiene sentido argumentar con un suicida, una vez que haya saltado de la ventana."¹⁴

El mercado como mecanismo de regulación de la tecnología.

Tratar la tecnología mercantilmente y calcular su empleo en términos de criterios de la maximización de las ganancias, implica usar la tecnología fragmentariamente. Cada introducción de una tecnología es calculada sobre un sector fragmentario de la naturaleza y sobre un segmento de la división social del trabajo. Desde el punto de vista de la empresa, que actúa en el mercado, las repercusiones que tiene una tecnología sobre el conjunto sea de la división social del trabajo, sea sobre el conjunto de la naturaleza, no interesan. Además, para la empresa es imposible tomar en cuenta estos efectos indirectos de su acción. La competencia la borraría.

Esta acción fragmentaria se vincula necesariamente con la orientación por criterios mercantiles, aunque no sea sólo el producto de estos criterios. Toda acción humana, mercantil o no, tiende a un comportamiento de este tipo. Sin embargo, un sistema de mercados hace este comportamiento fragmentario compulsivo. el mercado arrastra hacia él. El mecanismo competitivo lo impone, porque por un lado la participación en la destrucción promete ganancias mayores que cualquier otro comportamiento, y por el otro amenaza con la expulsión del mercado de la empresa, que no se oriente por la ganancia.

Sin embargo, tanto la división social del trabajo como la naturaleza forman conjuntos interdependientes. Lo que hace una acción tecnológica en una parte, repercute en muchas e, indirectamente, en todas partes. Pero también lo que ocurre en otras partes, se hace notar por interde-

¹⁴ Der Spiegel. Nr. 29/1989. p. 118.

pendencia en el lugar de partida. El conjunto interdependiente resulta ser una red de causaciones mutuas. Muchos de estos efectos son previsibles y hay un trabajo científico constante, para conocer estas interdependencias mejor. Sin embargo, el criterio mercantil induce estas y muchas veces obliga, a no evitar tales efectos y aprovecharlos más bien. Eso lleva a constantes distorsiones (se trata de distorsiones de parte del mercado, cuyos efectos distorsiona) en estos conjuntos interdependientes, que hacen desaparecer elementos necesarios para la reproducción de los conjuntos. Cuanto más eso ocurre, el conjunto interdependiente se restringe y puede llegar hasta al colapso.

Es más fácil ver eso en relación a la naturaleza como conjunto interdependiente. En el enfoque fragmentario se llega a grados de destrucción, que amenazan la sobrevivencia del conjunto como un medio ambiente para la vida humana. La destrucción de los bosques, la capa de ozono, el envenenamiento del agua potable muestran tendencias de este tipo. Ningún criterio de escasez del mercado anuncia, que se está llegando a un límite de lo posible. Solamente el colapso podría mostrarlo, pero lo demuestra solamente, porque ya se ha pasado el punto de no retorno. Hasta llegar al colapso, el comportamiento fragmentario sigue siendo el más rentable –mercantilmente visto– que todos los comportamientos alternativos posibles.

Antes del colapso, el mercado todavía florece, a pesar de que las condiciones de vida ya se han destruido. El verde del dolar cubre el verde de la naturaleza, hasta que la muerte de la naturaleza lo haga palidecer.

Las destrucciones que ocurren, hasta aceleran el mismo proceso de destrucción. Al intentar sobrepasar efectos negativos resultantes, la acción fragmentaria busca febrilmente sustitutos del elemento natural dañado, y al hacerlo, se ciega frente a los problemas, para agravarlos más todavía. Por eso, la velocidad destructora aumenta con más rapidez que la propia producción de riquezas. Aparece la ley tendencial autodestructora –de la cual Marx había hablado– como producto del propio automatismo del mercado.

Automatismo de mercado y aplicación fragmentaria de la técnica forman una unidad inseparable, que resulta destructor frente a los conjuntos interdependientes. Esta destrucción es necesariamente acumulativa, con la amenaza de pasar un punto de no retorno, a partir del cual ya no hay salida. Aunque no se sepa con exactitud, en que momento se llega a este punto, se sabe, que un punto tal debe existir. El mercado resulta ser efectivamente un mecanismo autodestructor, un monstruo como en la película *The Yellow Submarine*, que se devora a sí mismo.

Frente a este fenómeno no se puede reaccionar por un simple cambio de valores éticos, aunque tales valores son condición necesaria para que haya un cambio. Pero cualquier actitud de valores se estrella con un

mercado, que compulsivamente impone actitudes fragmentarias frente a la naturaleza y a cualquier conjunto interdependiente (división social del trabajo, pero también culturas autóctonas, religiones, etc.).

Actuar sobre los criterios fragmentarios de la tecnología, presupone establecer límites a los criterios mismos del mercado, siempre y cuando aparezca esta tendencia destructora. Toda relación con el mercado tendría que cambiar. Tiene que ser puesto bajo criterios no mercantilmente derivados capaces de guiar la tecnología en los límites de los conjuntos interdependientes. Recién en el interior de estos límites pueden regir los criterios del mercado. En este argumento las exigencias de nuevos órdenes económicos y ecológicos tienen su base.

Sin embargo, para la ideología burguesa se trata de un punto crítico. El reformismo burgués siempre se cuidó, ubicar sus reformas dentro de límites dados por el mercado, sin darle límites a éste. Aunque a veces ha pasado esta su posición –como, p.e en el caso de los ordenamientos del mercado agrario de los países centrales– por lo menos respetó ideológicamente este su límite. Pero ahora resulta ser al revés. Para pasar más allá de la aplicación fragmentaria de la tecnología, se necesita establecer un orden, que ponga los límites a la acción de los mercados.

Precisamente a este punto llegó el reformismo burgués durante la década de los 70. Las fórmulas creadas anteriormente ya no eran suficientes, y cualquier nueva fórmula eficiente tendría que haber llevado a un cambio profundo de la propia sociedad burguesa, del cual ni hoy se sabe, hasta donde tiene que llegar.

Se trata de un punto, en el cual la propia teoría económica del equilibrio deja de ser explicativa. El reformismo burgués la había interpretado como una imagen utópica, a la cual uno se puede aproximar realizando reformas económicas y sociales dentro de los límites que deja abiertos el juego libre de mercados.

Sin embargo, este modelo del equilibrio puede llevar a interpretaciones bien diferentes. Es una conceptualización circular, cuyo funcionamiento de competencia perfecta es el resultado de supuestos teóricos extremos, en especial del supuesto de un conocimiento perfecto de parte de todos los participantes del mercado, siendo todos los hombres participantes. Si eso es realmente el supuesto teórico, entonces sigue más bien, que la economía del mercado no puede tener ninguna tendencia a este equilibrio, con reformas o sin reformas. Si el mercado puede tener una tendencia al equilibrio solamente en el caso, de que haya tal conocimiento, se prueba, de que tal tendencia al equilibrio no resulta del modelo.

Esta es la conclusión de la teoría económica neoliberal, como la expone Hayek. Por tanto, vuela a la armonía de Adam Smith, con su concepción del mercado como un sistema autorregulado, cuya armonía se produce por el sacrificio de los excluidos. que se eliminan por la oferta

y demanda. Pero el concepto ya tiene que ser ampliado.¹⁵ La exclusión por oferta y demanda hoy ya no se refiere únicamente a los seres humanos, sino también a la naturaleza. La armonía del sistema autorregulado se basa ahora visiblemente en el sacrificio tanto de los productores como de la naturaleza. No hay otra manera, de concebir una tendencia al equilibrio. La teoría neoliberal la busca por tanto por el mismo camino, donde Adam Smith la había encontrado. Vuelve a la armonía sacrificial de Adam Smith.

Sin embargo, sigue en pie la crítica del capitalismo, que Marx había hecho. Expresamente, se había referido a este tipo de armonía de los mercados y sostenido que produce efectos acumulativos que llevan al sistema por el efecto de su automatismo a la autodestrucción.¹⁶ Sin embargo, la teoría neoliberal no contestará jamás.

Si, en cambio, aceptamos esta crítica de Marx, la teoría general del equilibrio del pensamiento neoclásico puede ser usado como prueba de lo contrario de lo que pretende comprobar. No muestra, lo que el mercado puede, sino lo que *no* puede. Describe un equilibrio del mercado, y comprueba, que por medio del mercado no se puede ni llegar ni aproximarse a él. El precio de mercado como precio de equilibrio de oferta y demanda no indica de por sí racionalidad económica alguna. Puede coincidir con esta racionalidad o no. Que el precio equilibre oferta y demanda, no dice nada sobre su racionalidad económica. Es económicamente racional solamente, si es un precio, que como indicador en los mercados asegure un uso tal del hombre y de la naturaleza, que estos no sean destruidos. Sin embargo, ningún precio puede asegurar eso

¹⁵ Hayek trata de escapar al supuesto de un conocimiento perfecto como condición para la tendencia al equilibrio, porque se da cuenta, que es imposible, que en la realidad empírica se dé o que haya aproximación a él. Para seguir sosteniendo esta tendencia al equilibrio, Hayek hace un juego. Sostiene, que el mercado produce tal tendencia, pero sin que cada participante tenga este conocimiento. El mercado produce el equilibrio, "como si hubiera conocimiento perfecto". Lo trata como una institución-computadora, que tiene conocimiento perfecto en el sentido, de que puede actuar como si lo tuviera. Transforma el mercado en una instancia mágica de omnisciencia estructural. Se inspira en la filosofía del "como si" de Vaihinger: *Die Philosophic des als ob*. 1912. Sin embargo, sustituye el equilibrio de la teoría general del equilibrio por la armonía sacrificial de Adam Smith. Ver Hayek, Friedrich A. von: *Mißbruch und Verfall der Vernunft*. Ein Fragment. (Abuso y decadencia de la razón. Un fragmento.) Salzburg 1979.

¹⁶ Ilya Prigogine en sus análisis de los sistemas autorregulados en la naturaleza llega hoy a resultados, que se asemejan mucho a la visión, que Marx tiene del mercado como sistema autorregulado. Prigogine, Ilya/Stengers, Isabelle: *La nueva alianza*. Metamorfosis de la ciencia. Alianza. Madrid, 1983.

automáticamente. Por tanto, para que haya racionalidad económica, hace falta una acción que asegure, que los mercados se mantengan en los límites dados por la necesaria reproducción de los conjuntos interdependientes de la división social del mercado y de la naturaleza.

La teoría económica neoliberal, en cambio, se desentiende del problema de esta racionalidad económica. Sostiene, por tautología, que el precio, que iguala oferta y demanda, es el precio racional, porque iguala oferta y demanda. No logra salir de esta tautología, porque rechaza hablar de los efectos distorsionantes, que el mercado tiene sobre el mundo real.

Resulta una teoría del óptimo de los precios, en la cual los precios –de oferta y demanda– describen el camino más corto y sin rodeos ni desvíos hacia el abismo, hacia la destrucción del hombre y de la naturaleza. Lo que la teoría neoclásica llama precios racionales, no es más que eso. El sistema autorregulado tiene allí su fin. Para dar solamente un ejemplo. Los precios de oferta y demanda hoy indican la destrucción tanto del Amazónico como del Himalaya. Siguiendo esta indicación, el mercado actual efectúa la destrucción. Pero estos mismos precios de oferta y demanda, indican ensuciar el agua y el aire. Además indican por los pagos de la deuda externa del Tercer Mundo la pauperización rápida de su población y la paralización del desarrollo de tres continentes.¹⁷

A un concepto de racionalidad económica de este tipo falta completamente la coherencia. Porque ahora, cualquier esfuerzo de salvar la naturaleza, de salvar al hombre, evitar el desempleo y la pauperización, aparece como distorsión del mercado y por tanto de la propia racionalidad. El concepto de racionalidad implicado lo resume Kindleberger: "Cuando todos se vuelven locos, lo racional es, volverse loco también."¹⁸

¹⁷ Kindleberger, Charles P.: *Manias, Panics and Crashes: A History of Financial Crises*. Basic Books, New York, 1989. p.134.

Seguir a estas indicaciones de los precios, la teoría liberal llama lo racional. Un empresario latinoamericano me dijo una vez en una conversación: "Ciertamente, en las últimas dos décadas se ha aumentado la pauperidad y el desempleo en América Latina. También la naturaleza se está destruyendo. Pero nadie puede dudar, que la eficiencia de la empresa se ha mejorado enormemente". Eso es teoría neoclásica en plena acción.

¹⁸ Milton Friedman considera hasta la abolición de la esclavitud –la prohibición legal de ella– como una imperfección del mercado, e.d. una falta de racionalidad económica: "debido al marco institucional y debido a las imperfecciones del mercado de capitales, no podemos esperar que el capital humano responda a presiones e incentivos económicos de la misma forma que el capital material." Friedman, Milton: *Teoría de los precios*. Madrid 1966. p.313. "Estas peculiarida

Que la humanidad sobreviva, sería una simple distorsión del mercado y una violación de la racionalidad económica. Los neoliberales son como el general Castello Branco, quien hizo el golpe militar en Brazil en 1965. Después del golpe decía: Antes estuvimos delante de un abismo profundo. Con el golpe hicimos un gran paso adelante.

Es el mercado que distorsiona por su maximización de un criterio mercantil cuantitativo y abstracto el equilibrio del hombre con el hombre y con la naturaleza.¹⁹ Hay que vigilarlo, para que haya aquella racionalidad, que describe el marco, en el cual la humanidad y la naturaleza pueden seguir existiendo. Eso es el único concepto de racionalidad económica coherente. En esta visión, las luchas sindicales, de protección de la naturaleza, la exigencia del desarrollo del Tercer Mundo, la anulación de la deuda externa del Tercer Mundo y las actuaciones estatales, que de eso se derivan, son exigencias no solamente éticas, sino de una racionalidad económica distorsionada por la lógica del mercado. Aumentan la racionalidad económica, si efectivamente logran asegurar pasos concretos en tales direcciones. Que le vaya bien a la gente y que pueda vivir, es también una exigencia de la racionalidad económica. No es una exigencia "ética", que distorsiona la racionalidad económica, como los neoliberales creen.

Eso no significa, que haya un automatismo al revés en el sentido, de que los precios de oferta y demanda necesariamente sean distorsionantes. No hay automatismo, que pueda asegurar ni la racionalidad ni la irracionalidad. Si los precios de oferta y demanda son racionales o no, es resultado de un juicio sobre ellos, que se oriente en la racionalidad económica de la sobrevivencia de la humanidad y de la naturaleza. No hay solución "técnica" a priori, no hay una simple deducción de principios como los del mercado. Política no se reduce a la técnica, sino es imposible sin sabiduría.

des sólo desaparecerían en una sociedad de esclavos y, en ella, sólo para los esclavos". p. 258.

¹⁹ Por eso, el problema no es simplemente el mercado, como si la planificación fuera su solución automática. El problema está en el hecho, de que el mercado maximiza la ganancia como criterio cuantitativo por encima de las exigencias de la vida concreta, que destruye como consecuencia. Si la planificación económica se orienta por criterios cuantitativos análogos, tiene los mismos efectos destructores. En los países del socialismo histórico, eso ocurrió sobre todo en la Unión Soviética, al tomar como su criterio de maximización la tasa de crecimiento, que también es un criterio mercantil abstracto. En países socialistas, donde la orientación de la economía no era tan exageradamente abstracta –como p.e. en Cuba o en Nicaragua en el tiempo del gobierno sandinista– tampoco ocurrió la misma destrucción de la naturaleza.

El capitalismo salvaje.

En los años 70 de este siglo el reformismo burgués llegó a su límite. Los problemas del desempleo estructural en los centros, de la frustración de la política de desarrollo en el Tercer Mundo y de la crisis del medio ambiente no podían ser solucionados con los métodos tradicionales que había empleado. Si se quería solucionarlos, se tendría que haber tomado medidas, que iban a chocar con principios sagrados de la sociedad burguesa, en especial el principio, según el cual el mercado y sus leyes son última y más alta referencia de cualquier política económica. Aparecía ahora la necesidad de un nuevo orden económico y de un orden ecológico al nivel de la economía mundial. El mercado mundial necesitaba un marco, que lo canalizaba en los límites de una racionalidad económica que le impusiera el respeto por las condiciones de la reproducción tanto de los seres humanos como de la naturaleza.

Para la burguesía era un desafío y una provocación. Tendría que haber enfocado un problema, que las sociedades socialistas no habían solucionado parte ni notado, a pesar de que tendrían que haber sido ellos los que promovieran una solución. Pero la provocación consistía en el hecho, de que solamente podían enfrentar este desafío cambiando sus propias estructuras para adecuarlas a la solución de estos problemas fundamentales.

Sin embargo, en vez de eso, la sociedad burguesa hizo una vuelta completa. En vez de enfocar a los problemas, los negó. Cuando Reagan en 1980 sube a la presidencia de Estados Unidos, hace una política de "tabla rasa". Frente al desempleo estructural, opta por el debilitamiento y hasta la destrucción de los sindicatos obreros y de la política de empleo. Frente a la crisis de la política del desarrollo, opta por la supresión y paralización del desarrollo del Tercer Mundo y frente a la crisis del medio ambiente cierra simplemente los ojos. Empieza una de las décadas más agresivas y destructoras de la historia del capitalismo.

Vuelve el capitalismo salvaje. El debilitamiento de los sindicatos se logra muy rápido. En los países de América Latina pasa por periodos de un terrorismo de Estado incontenible. La supresión del desarrollo de los países subdesarrollados se logra por la política del cobro de la deuda externa del Tercer Mundo, que destruye en gran parte hasta lo logrado por la política del desarrollo de los años 50 y 60. En cuanto al medio ambiente, se abren todos los canales de destrucción sin plantear ni una medida de limitación, excepto en el interior de los países del centro mismos. Nunca se ha destruido tan despiadadamente a la naturaleza como en esta década de los 80, que sigue precisamente a la década, en la cual con los Límites del Crecimiento del Club de Roma y con Global 2000 se había llamado poderosamente la atención sobre el fenómeno.

Ha aparecido una burguesía salvaje, que se lanza a la destrucción sin aceptar siquiera argumentos. Un capitalismo frenético se vuelve en contra de las riquezas del planeta en el grado en el cual todavía siguen existiendo. Y cuanto más aparece la crisis del socialismo, más salvaje resulta el capitalismo.

Este capitalismo aparece en nombre del antiestatismo y antiintervencionismo estatal, del antirreformismo y de la denuncia y persecución de los movimientos populares. Es un capitalismo desnudo, que llega al poder total y lo usa con arbitrariedad ilimitada. Transforma la sociedad burguesa en una sociedad militarista, que impone sus puntos de vista en todas partes por la violencia militar y policial. Su antiestatismo, por ser una defensa del mercado desnudo sin ningún límite, se transforma en violencia sin límite. El terrorismo estatal es su instrumento imprescindible. Donde sea necesario, instala los regimenes totalitarios de la Seguridad Nacional.

Este capitalismo salvaje vuelve a encontrar a Adam Smith como su clásico y lo celebra como su fundador. Descarta a los teóricos del reformismo burgués, desde John Stuart Mill y Marshall hasta Keynes. Su desnudez la defiende en nombre de la "mano invisible".

Sin embargo, ya no se puede volver tan simplemente a Adam Smith. Este vive en un mundo bien diferente. Es un mundo, que no conoce todavía los efectos acumulativos de la destructividad del automatismo del mercado. Smith cree en un mundo, en el cual la eliminación de hombres por oferta y demanda en los mercados no es más que un sacrificio que fertiliza a la sociedad capitalista. Pero desde Smith hasta hoy, pasando por Marx como su autor principal, la percepción del carácter acumulativo de esta destructividad se ha hecho presente. El mundo imaginario semi-arcaico de Smith ha desaparecido. El mercado hoy visiblemente contiene un automatismo autodestructor.²⁰ Por eso, la

²⁰

H. Maucher, Director de Nestlé, lo expresa así: "Nadie negará, que la 'creatividad destructora' del mercado crea durezas extremas... y con F.A. von Hayek creo yo, que el concepto 'justicia' en última instancia es irrelevante para el funcionamiento del mecanismo del mercado." *Innovatio* 3/4, 1988, citado según *Widerspruch. Beiträge zur sozialistischen Politik. Zürich. Heft 16 - Dez. 1988, S.4*. Maucher dice eso en Suiza frente a una campaña, que se hizo contra de Nestlé bajo el lema: "Nestlé mata bebés." Nestlé quería prohibir el uso publicitario de este lema, pero los tribunales suizos esta vez no siguieron a la voluntad de la compañía multinacional y rechazaron prohibir el lema citado. Maucher declaró la irrelevancia de la justicia para los procedimientos del mercado. De hecho rechaza más: rechaza ser responsable de los actos que comete. La sociedad burguesa hace de esta posición su religión, la única, que tiene.

Sobre el intento de algunos en Suiza, de conseguir una protección aduanera para sus productos, dice la *Neue Zürcher Zeitung*, diario de la gran burguesía suiza: "Aquellos, que en otros lugares no muestran ningún problema en sacar de

simple referencia a la mano invisible de Adam Smith ya no resulta suficiente en el mundo de hoy.

Hoy tenemos que ver no solamente con la muerte de algunos, sino con la tendencia a la muerte de toda una humanidad, incluidos los neoliberales mismos. Para poder sostener este su capitalismo salvaje, la misma sociedad burguesa constata esta tendencia. Con eso ella pasa hoy a la necesidad de un heroísmo del suicidio colectivo de la humanidad.

Convencida de la crítica del capitalismo de Marx, opta no por la vida en respuesta al mercado, sino por la mística de la muerte. En el suicidio colectivo, esta mística se transforma en proyecto. Marx jamás previó esta posibilidad. Con su optimismo del siglo XIX, él está seguro, de que al revelar la tendencia destructora del automatismo del mercado, la reacción humana será directamente y sin rodeos en favor de una alternativa. Pero resultó no ser así. El proyecto del heroísmo del suicidio colectivo resulta muy tentador. El Nazismo alemán ha sido el primer caso de un pueblo, que mayoritariamente se emborrachó con este tipo de heroísmo.

La burguesía tiene antecedentes para este pensamiento. El reformismo burgués nunca ha sido su única respuesta a la crítica del capitalismo de Marx. En los países, donde los movimientos socialistas eran suficientemente fuertes, para poder aspirar al poder, la burguesía no ha sido predominantemente reformista. Empezó muy temprano a desarrollar un pensamiento de respuesta salvaje. Eso ocurrió en especial en la Alemania nazi y en la Italia y España fascistas, pero ha tenido muchas repercusiones en los otros países burgueses. En la situación de hoy, la sociedad burguesa recupera estos pensamientos y les da un desarrollo nuevo.

Ahora esta burguesía no se puede afirmar sin volver a este heroísmo del suicidio colectivo. La sociedad burguesa de hoy lo necesita, porque sabe, que la crítica del capitalismo de Marx es cierta. Si la sociedad del mercado contiene este automatismo autodestructor, que arrastra toda la humanidad detrás de sí, como lo sostiene Marx, solamente se la puede

su molino de oración *confesiones verbales* y superficiales en favor del orden de competencia, de repente ya no están convencidos de la fuerza de autorregulación de una competencia efectiva, que es eficiente y *en principio, orientado por el bien común...* En contra de todas las *confesiones verbales* de repente se le niega a la *competencia ilimitada* la capacidad de generar estructuras de oferta adecuadas a la demanda... (hay) discrepancia entre la *confesión* de los principios referentes al funcionamiento y al valor de la economía del mercado y la *disposición*, de sacar reales consecuencias de su afirmación." Neue Züricher Zeitung. 11/12 Nov. 1989.

Quiéren *confesiones de fe* en el mercado, que no sean simplemente verbales, porque la *competencia ilimitada* asegura el bien común.

afirmar en los términos salvajes de hoy, fomentando esta misma mística de la muerte.

El autor, que elaboró primero esta respuesta y que sigue siendo el más fascinante hasta hoy, es Friedrich Nietzsche. A través de Nietzsche se ha interpretado a sí misma esta burguesía frenética, que se ha desarrollado paralelamente al reformismo burgués desde fines del siglo pasado. Desde esta perspectiva, el reformismo burgués se ve diferente.

"Puede muy bien ser que representantes nobles (aunque no muy inteligentes) de las clases dirigentes se propongan tratar a todos los hombres como iguales, reconocerles derechos iguales; en este sentido, una concepción idealista que descansa en la justicia es posible, pero como he dicho, sólo en el seno de la clase dirigente, que en este caso ejerce la justicia por sacrificios y abdicaciones. Por el contrario, *reclamar la igualdad de los derechos, como lo hacen los socialistas de las clases dirigidas, no es nunca emanación de la justicia, sino de la codicia. Muéstranse a una fiera pedazos de carne sangrienta en sus proximidades; retíreselos después, hasta que ruja; ¿este rugido significa justicia?*"²¹

La imagen que se tiene de los pueblos se ha transformado en la de una bestia salvaje, que ruge y a la cual se arrojan pedazos de carne. Son el peligro, que amenaza con la muerte. Hay una evidente inversión de la crítica del capitalismo de Marx. Marx reprochaba al capitalismo, destruir con su voracidad las fuentes de todas las riquezas: el hombre y la naturaleza. Por tanto, le reprocha, que su eficacia descansa sobre una destructividad, que por los efectos no-intencionales de la acción humana por los criterios del mercado tiende a destruir las bases reales de esta misma eficacia. Tiene una eficacia a plazo limitado. Sin asegurar la reproducción de estas fuentes de riqueza, no puede haber un futuro a largo plazo de la humanidad. Por tanto, hace falta someter esta eficacia mercantil a un criterio de sobrevivencia.

En la visión del capitalismo salvaje, esta exigencia por precios e ingresos, que permitan reproducir estas fuentes de riqueza, es enfocada como el peligro. Los pueblos, que piden poder vivir, parecen ser los voraces, que hay que combatir, fieras por domar. Son, como lo muestra la película: La gran comilona. El peligro es, que sean reivindicadas las condiciones de reproducción del hombre y de la naturaleza. Este criterio se ha extendido en buena parte a los grupos que se esfuerzan para salvar la naturaleza. En la visión del capitalismo salvaje, la exigencia de

²¹ Nietzsche, Friedrich: Humano demasiado humano. Primer libro. Nr.451, en: Friedrich Nietzsche: Obras inmortales. Visión Libros. Barcelona 1985. Tomo I-IV. Tomo IV, p.2102.

la reproducción de hombre y naturaleza se transforma en un levantamiento en contra de la racionalidad, definida por las relaciones mercantiles. Para Marx la racionalidad económica consistía en asegurar las condiciones de la reproducción del hombre y la naturaleza y con eso la sobrevivencia humana. El capitalismo salvaje ha declarado el precio de oferta y demanda como lo racional, aunque destruya el hombre y a la naturaleza. La destrucción llega a ser lo racional.

Esta burguesía no responde a la crítica del capitalismo hecha por Marx, aunque está convencida de que es cierta. La asume más bien al revés, celebrando la capacidad de autodestruirse como su heroísmo. "Vivir peligrosamente" es su lema prefiriendo esta su libertad mortal a la preocupación por la sobrevivencia humana.

Invierte la crítica del capitalismo de Marx para desembocar en el heroísmo del suicidio colectivo de la humanidad.

Eso presupone, destruir todo humanismo universalista, y denunciar cualquier reivindicación concreta de la igualdad de los hombres. La burguesía celebra su propia barbarie.²²

22

Nietzsche es el autor de este salvajismo burgués. Ya fines del siglo XIX pregunta por los bárbaros del siglo XX, únicos, que pueden salvar el mundo de la amenaza del humanismo:

"Para elevarse, luchando de este caos a esta configuración surge una necesidad, hay que elegir: o perecer o imponerse. Una raza dominante sólo puede desarrollarse en virtud de principios terribles y violentos. Debiendo preguntarnos: *¿dónde están los bárbaros del siglo XX?* Se harán visibles y se consolidarán después de enormes crisis socialistas; serán los elementos capaces de la mayor dureza para consigo mismo, los que puedan garantizar la voluntad más prolongada". Nietzsche. Friedrich: La voluntad de poderío. EDAF. Madrid 1981. Nr. 863, p. 473.

*¡Barbarie o socialismo! Es el grito de Nietzsche y de la burguesía salvaje.
¡Salvajismo o socialismo! ¡Muerte o socialismo! Es el grito fascista del "¡Viva la muerte!" que lleva a los horrores del capitalismo salvaje de los años 30 y 40 en los países europeos fascistas.*

Fueron intelectuales antifascistas en Alemania, que invirtieron el grito en:

¡Socialismo o barbarie! (Benjamín, Horkheimer, Adorno etc.).

Es esta visión del mundo, que vuelve después de la II Guerra Mundial. Vuelve como una corriente al lado de un reformismo burgués, que domina las décadas de los 50 y 60. Pero, con la vuelta de la burguesía en contra de este reformismo, ella justifica este su antirreformismo con argumentos ideológicos tomados de esta tradición.

La metafísica antiestatista y la abolición del Estado.

Como lo mostró Hannah Arendt, el totalitarismo del Estado no viene de ideologías estatistas, sino antiestatistas.²³ El antiestatismo se vuelve totalitario, en cuanto aparece como ideología del poder, que pretende usar el Estado con fines antiestatistas. El totalitarismo es una política antiestatista, que transforma el Estado en un instrumento de la realización de alguna *societas perfecta*, en cuyo nombre surge el antiestatismo. Históricamente ha sido la *societas perfecta* de la guerra total, de la planificación total y del mercado total, que originaron sociedades totalitarias. La inquisición de la Edad Media es su precursor.

Este antiestatismo, que subyace al terrorismo del Estado totalitario, es la otra cara de la reducción de la política a una técnica. Cuando la política se considera una técnica, no se ve ya ninguna razón para la existencia del Estado. El Estado tiene ahora la única función, de imponer esta técnica (sea del mercado, sea de la guerra, sea de la planificación), para desaparecer o marginarse él mismo como resultado de esta su acción. Es famosa la descripción de este proceso, que hace Stalin:

"Nos declaramos en favor de la muerte del Estado y al mismo tiempo nos alzamos en pro del fortalecimiento de la dictadura del proletariado, que representa la más poderosa y potente autoridad de todas las formas del Estado que han existido hasta el día de hoy. *El más elevado desarrollo posible del poder del Estado con objeto de preparar las condiciones para la muerte del Estado: ésta es la fórmula marxista.*"²⁴

Hayek, cuando se hace ideólogo de las dictaduras totalitarias de Seguridad Nacional, se expresa en términos casi idénticos:

"Cuando un gobierno está en quiebra, y no hay reglas conocidas, es necesario crear las reglas para decir lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer. Y en estas circunstancias es prácticamente inevitable que alguien tenga poderes absolutos. *Poderes absolutos que deberían usar justamente para evitar y limitar todo poder absoluto en el futuro.*"²⁵

²³ Ver Arendt, Hannah: Los orígenes del totalitarismo. Taurus. Madrid 1974. Capítulo XI, El movimiento totalitario. p. 425-479.

²⁴ Citado según Arendt, Hannah: Los orígenes del totalitarismo. Taurus. Madrid 1974. P.443/444. La cita viene de Stalin: Problemas del Lininismo.

²⁵ El Mercurio, 19-4-81, Santiago de Chile. Entrevista.

Reagan afirma exactamente lo mismo, cuando en sus discursos decía: "No tenemos problemas *con* el Estado, el Estado es el problema". Es ideología totalitaria en estado puro.

Este mismo antiestatismo tenemos entre los fascistas. Gentile transforma eso en ideología del Estado fascista italiano:

"...en esta concepción el Estado es la voluntad del individuo mismo en su aspecto universal y absoluto, de modo que el individuo se traga al Estado, y dado que la autoridad legítima no puede extenderse más allá de la voluntad real del individuo, la autoridad se resuelve por completo en la libertad. Así, el absolutismo se invierte y parece haberse transformado en su opuesto, y la verdadera democracia absoluta no es la que busca un Estado limitado sino la que no fija ningún límite al Estado que se desarrolla en lo más profundo del corazón del individuo, confiriendo a su voluntad la fuerza absolutamente universal de la ley."²⁶

La forma actual del antiestatismo burgués la previó posiblemente mejor Nietzsche. Sus palabras parecen una adivinanza:

"El socialismo es el fantástico hermano menor del despotismo casi difunto, cuya herencia quiere recoger; sus esfuerzos son, pues, reaccionarios. Desea una plenitud del poder del Estado como el propio despotismo no tuvo jamás; sobrepasa lo que enseña el pasado, porque trabaja por reducir a la nada formalmente al individuo: es que éste le parece un lujo injustificable de la Naturaleza y debe ser corregido por él un *órgano útil de la comunidad*. Como consecuencia de esta afinidad, se deja ver siempre alrededor de todos los desarrollos excesivos de poder, como el viejo socialista tipo Platón, en la corte del tirano de Sicilia: anhela (y aun exige en ocasiones) el despotismo cesáreo de este siglo, porque como he dicho, desearía ser su heredero... Cuando su ruda voz se mezcla al grito de guerra: '*Lo más Estado posible*', este grito resultará de pronto más ruidoso que nunca; pero en seguida estallará con no menor fuerza el grito opuesto: '*Lo menos Estado posible*.'"²⁷

Desemboca en seguida en la misma abolición del Estado:

"La creencia en un orden divino de las cosas políticas, en un misterio en la existencia del Estado, es de origen religioso: desaparecida la religión, el Estado perderá inevitablemente su antiguo velo de Isis y no recobrará más su respeto. La soberanía del pueblo, vista de cerca, servirá para hacer desvanecer hasta la magia y la superstición última en el

²⁶ Citado por Leonardo Schapiro: El totalitarismo. Brevarios FCE, México 1972, p.59.

²⁷ Nietzsche, Humano, demasiado humano. Primer libro. Obras, op. cit. IV, Nr. 473, p.2114/2115.

dominio de estos sentimientos; la democracia moderna es la forma histórica de la *decadencia del Estado...* cuando el Estado no corresponda ya a las exigencias de estas fuerzas, no será por cierto el caos el que le sucederá en el mundo, sino que será una invención mucho más apropiada que el Estado la que triunfará del Estado...²⁸

Hoy vivimos la fantástica unión del triunfalismo burgués combinado con su antiestatismo extremo. "Fin de la historia", es su grito. La ambigüedad del lema revela la ambigüedad de toda la sociedad burguesa de hoy. Efectivamente, este fin de la historia puede ser muy bien el fin de la humanidad y del planeta. Los actuales discursos de la burguesía son sumamente parecidos a lo que eran los discursos de los socialistas stalinistas en el congreso de la victoria del partido comunista de la Unión Soviética en 1927 (15. congreso). El mismo hegelianismo falso, la misma seguridad, de que ya no puede haber un paso atrás, la misma decisión por el todo. Hoy la burguesía tiene su congreso de la victoria, más triunfal todavía que aquel de 1927. Se trata de la victoria no sólo en la Unión Soviética, sino en la tierra entera.

En esta forma ha llegado hoy el antiestatismo a América Latina y a América Central. Se une en el ejercicio del poder político el triunfalismo prepotente y el antiestatismo con la visión del mercado total como su institución perfecta. Esta es precisamente la combinación totalitaria –poder triunfante, antiestatismo y sociedad perfecta–, que Hannah Arendt denunció como el peligro totalitario. Este conjunto engendra al terrorismo del Estado, tan vigente también hoy en América Latina y en América Central.

La determinación futura de la sociedad en América Latina.

Sin embargo, el problema no es el mercado de por sí, sino la pretensión de su transformación en sociedad perfecta, en única institución legítima, en nombre de la cual se destruye a los movimientos populares y el Estado, en institución totalizadora de la sociedad. El problema es el antiestatismo, no el mercado como tal. Al considerar al mercado como institución perfecta, el mercado devora todo y se transforma en un sujeto totalitario. Destruye con el Estado a la sociedad civil, y no se puede mantener sino por la transformación del Estado en Estado terrorista.

²⁸ Nietzsche, *Humano demasiado humano*. Primer Libro. Nr. 472, Obras, op. cit. IV, P. 2112/2113.

Algo parecido ha pasado a las sociedades del socialismo histórico. Transformaron la planificación en su sociedad perfecta respectiva. En nombre de la planificación apareció el antiestatismo, y este se transformó en terrorismo del Estado. El problema tampoco es la planificación de por sí, sino la pretensión de su transformación en sociedad perfecta, en única institución legítima con el destino de devorar todas las otras instituciones. El Estado se hizo inoperante y destruyó igualmente la sociedad civil.

Frente a estos problemas, no hace falta buscar de nuevo otra sociedad perfecta, en nombre de la cual se totalice la sociedad. Lo de que se trata, es, renunciar a la imposición de sociedades perfectas. Dejar de pretender abolir el Estado o el mercado y reconocer, de que la concepción de las sociedades perfectas como principio de la política destruye a la sociedad misma.²⁹ No hay ni puede haber sociedad perfecta. No hay ni puede

²⁹ Desde el siglo XVIII el Occidente se mueve alrededor de las diversas aboliciones de las instituciones. El liberalismo empieza con la abolición del Estado en nombre del mercado como sociedad perfecta. Le sigue el anarquismo con la abolición del Estado, propiedad y matrimonio en nombre del orden espontáneo sin instituciones. Marx lo transforma en abolición de mercado y Estado, también en nombre del orden espontáneo futuro (libre asociación de los productores). Los socialismos históricos lo llevan a la abolición de Estado y mercado en nombre de la planificación económica. Los fascismos quieren abolir el Estado en nombre de una dominación ilimitada en la sociedad de guerra, y los neoliberales vuelven a la abolición del Estado en nombre del mercado total.

Paralelamente a esta constante tendencia, de abolir las instituciones, aparecen las diversas aboliciones en el pensamiento. Hegel declaró la muerte del arte, Marx insinúa la superación de la lógica formal, Nietzsche la abolición de la moral y de la metafísica, Max Weber la abolición de los juicios de valor y de la ética, Popper la abolición de la dialéctica, Wittgenstein la abolición de los conceptos trascendentales, y Fucuyama junto con los postmodernos la abolición de la historia, Prigogine la abolición de la física clásica.

Por donde se mira, se está aboliendo algo, que en ningún caso después desaparece. Todo lo que se ha abolido en estos siglos, sigue existiendo. Pero se sigue anunciando su abolición.

A las aboliciones acompañan entes omniscientes. El socialismo histórico tuvo que concebir una institución planificadora omnisciente. Hayek junto con los neoliberales concibe el mercado como presencia de la omniscencia, aunque ningún hombre sea capaz de tenerla (según él, el mercado funciona como si tuviera omniscencia). Popper divide toda la historia filosófica en "lo que se pensaba antes y lo que pienso yo" y hasta Wittgenstein anuncia haber solucionado los principales problemas del pensamiento humano. Y cuando aparece todo eso, el Papa en Roma resulta infalible.

Hay un nihilismo, que está socavando a las instituciones y a la cultura. Es evidente, que tiene un delirio de grandeza narcisista, que acompaña la imposibilidad de percibir los límites de lo posible en un mundo contingente.

Todo indica, de que se trata de un problema de Occidente y no de ninguna ideología específica.

haber una sola institución, que totalice a la sociedad. Decir eso hoy sobre el Estado o sobre la planificación, ni hace falta. Todo el mundo está convencido, que no pueden ser sociedad perfecta. Hoy hace falta, decir eso sobre el mercado. El mercado aparece hoy de nuevo como el totalizador, única letigimidad en la sociedad, institución que tiene el derecho de barrer con todas las otras instituciones y hasta con la vida en la tierra.³⁰

Lo que hace falta, es un pensamiento de síntesis, capaz de interpretar una política, que sepa dar a las instituciones diversas su lugar y su función, para cumplir con las exigencias de la vida humana en esta tierra, en la cual todos tienen que poder vivir hoy y mañana.

La base hoy sería el reconocimiento, de que los hombres, que trabajan con exclusiva orientación por el mercado, abandonados a sus fuerzas autorreguladoras, destruyen las fuentes de la riqueza, que están produciendo. Abandonados a estas fuerzas, la vida del planeta está en peligro. Frente a estos efectos destructores del mercado, que acompañan, eso sí, automáticamente sus fuerzas creadoras, aparece y tiene que aparecer la resistencia de la propia sociedad civil, que toma la forma de organizaciones populares de la más diversa índole, tanto de la protección de los hombres como de la naturaleza. Estas organizaciones populares tienen una función de racionalización del mercado, al protegerlo mediante su resistencia frente a las fuerzas destructoras, que produce. No

30

El cardenal Ratzinger nos dice:

"El Estado moderno es una *sociedad imperfecta*, no sólo en el sentido de que sus instituciones permanecen siempre tan imperfectas como sus habitantes, sino también en el sentido de que necesita de fuerzas que le vengan desde fuera, para poder existir como tal." Ratzinger, Joseph Kardinal: El ánimo para con la imperfección y para con el ethos. Lo que habla contra una Teología Política. Tierra Nueva. Bogotá. Julio 1985. Nr.54. p. 65.

Aparentemente es cierto, pero en el contexto de un texto de Ratzinger es falso. No se trata de que el Estado es sociedad imperfecta. Se trata de decir por fin, que no hay sociedad perfecta, y que, por lo tanto, el Estado tampoco lo es. Toda institución, que reivindica ser sociedad perfecta, se ideologiza y cae fácilmente en el camino hacia el terrorismo del Estado. Si ninguna institución es sociedad perfecta, entonces tampoco lo es el mercado.

Sin embargo, lo que Ratzinger nos quiere ofrecer, es la tesis, de que el Estado no es sociedad perfecta, pero otras instituciones sí lo son. Quiere presentar de nuevo a la iglesia como sociedad perfecta, algo, que el Concilio Vaticano II había rechazado. Iglesia, mercado y Estado se dan esta ronda, en la cual cada uno reivindica ser sociedad perfecta, constatando, de que los otros no lo son. Por eso, un totalitarismo sustituye al otro, y siempre sosteniendo, que el otro no tiene esta sociedad perfecta, pero él sí la tiene. Pero ninguna institución lo es.

"distorsionan" al mercado, sino actúan frente a distorsiones, que el propio mercado produce.

Pero esta su función no pueden cumplirlas las organizaciones populares, si no pueden recurrir al Estado. El Estado en sus funciones positivas es la instancia de poder, que puede universalizar la actuación de las organizaciones populares. Si esta universalización no ocurre, la resistencia resulta tan fragmentaria como lo es la actuación humana dentro de mercados. Reproduce, por tanto, los efectos destructores del mercado sin poder corregirlos.

El Estado es la instancia de universalización de la resistencia frente a las distorsiones, que el mercado produce en las relaciones humanas y en la naturaleza. No tiene por qué intervenir en los mercados, cuando no produce estas distorsiones. Por tanto, la teoría de las funciones del Estado tiene que partir del conocimiento de las distorsiones, que el mercado produce.³¹

Aparecen las funciones del Estado en dos líneas, es decir, como función de promoción de la sociedad civil y como función de planificación de la economía.

En su función de promoción de la sociedad civil el Estado tiene que hacer posible el desarrollo de la sociedad civil y abrirle las posibilidades. Aquí se trata de asegurar primero legalmente la existencia de las organizaciones populares y el ejercicio de su resistencia. Pero igualmente se trata de asegurar su capacidad económica de existencia. Pero aparecen también funciones, que solamente el Estado puede cumplir, en cuanto determinadas actividades necesitan ser universalizadas y la actividad privada resulta incapaz para lograrlo. Eso ocurre especialmente en el campo de la educación y de la salud. Una atención universal de estas necesidades parece imposible sin el surgimiento de sistemas de salud y de educación públicas de alto nivel.

En su función de planificación económica el Estado tiene que hacer posible y promover un desarrollo económico y social capaz de asegurar la integración económica y social de la población entera y su compatibilidad con la conservación de la naturaleza. La necesidad del cumplimiento de esta función quizás es más visible en las sociedades subdesarrolladas,

³¹ Eso explica, por qué cualquier pensamiento en términos de alguna institución perfecta es antiestatista. Efectivamente, si suponemos, que las relaciones sociales de producción funcionan perfectamente, no se descubre jamás función del Estado alguna, excepto su función represiva, que sobrevive por "egoísmos y estupidez" como lo concluye Berger. Berger, Peter: *El dosel sagrado: Elementos para una sociología de la religión*. Amarrortu editores. Buenos Aires, 1971 p.44. La conclusión revela únicamente, que se inspira en un pensamiento de sociedad perfecta.

donde es evidente, que la empresa privada sola y abandonada a las fuerzas autorreguladoras del mercado solamente en casos muy excepcionales puede asegurar algún desarrollo económico y que es menos capaz todavía de integrar la población entera en la división social del trabajo. Pero siempre más visible se hace esta necesidad de la actividad estatal en referencia a la conservación de la naturaleza. Solamente un Estado planificador es capaz de darle a la empresa privada la posibilidad y el espacio para cumplir con su tarea de desarrollo económico a sus países. Igualmente, solamente un Estado planificador puede asegurar que el desarrollo económico respete los límites de la integración humana en la economía y de la conservación de la naturaleza. También en este caso de la actividad planificadora del Estado, su primera función es la promoción y el apoyo a las empresas. Sin embargo, la necesidad de universalizar el desarrollo, el respeto a la naturaleza y la necesidad de asegurar eso para todos y de parte de todos, impone también en lo económico la actividad directa del Estado, sea a través de empresas públicas y de la imposición de líneas y límites de inversiones.

De esta manera, el problema del Estado resulta ser un problema de la sociedad entera, en la cual se interrelacionan e interpenetran la sociedad civil, el mercado y el Estado. Ninguno de estos polos puede existir sin el otro, y hasta la posibilidad de la vida humana y de la misma racionalidad económica es un producto de los tres y su interrelación tal, que haya una síntesis en vez de la negación de un polo en nombre del otro. Solamente en esta perspectiva será posible, enfocar los problemas del desarrollo pendientes. Se trata de problemas, que hoy ya ni pueden ser solucionados por cada uno de los Estados dentro de su marco de dominación política, sino que ya implica la necesidad de la creación de nuevos órdenes mundiales –nuevo orden mundial económico, financiero, de mercados, ecológico– sin los cuales una política de desarrollo racional ya no es posible.

Este análisis, que hemos hecho, ha insistido especialmente en el problema del mercado, por la simple razón, que hoy el mercado es el lugar, desde el cual es destruido la sociedad civil y el Estado. Hoy el mercado pretende ser la institución perfecta, a partir de la cual se pretende totalizar a la sociedad. Las sociedades del socialismo histórico, en las cuales se realizaba esta totalización a partir de la planificación económica con la subsiguiente subversión y tendencial destrucción de la sociedad civil y del Estado están desapareciendo.

Es cierto, que no solamente el mercado distorsiona a las relaciones humanas y a la naturaleza. También desde la sociedad civil y desde el Estado aparecen distorsiones del mercado. Sin embargo, hoy hace falta, hacer primariamente esta crítica al mercado, para mostrar, de que no hay y no puede haber ninguna sociedad perfecta y por lo tanto ninguna

institución legitimada a totalizar la sociedad. Hace falta tomar conciencia, de que el resultado no debe ser, destruir en nombre de una institución a todas las otras, sino lograr una interrelación tal entre ellos, que se complementen en vez de distorsionarse. Eso es la tarea de la política, y ninguna técnica la puede hacer desaparecer.

Por eso, no se trata simplemente de defender al Estado, como si algún estatismo fuera la solución para los peligros del antiestatismo. Asegurar hoy las funciones del Estado, implica una determinada posición frente a las funciones del mercado y frente al desarrollo de la propia sociedad civil. Tiene que ser una respuesta a la crisis provocada por la política del desmantelamiento del Estado y de las políticas de desarrollo.

Los periodos del desarrollo vigoroso de América Latina son períodos de alta actividad estatal y de un importante intervencionismo estatal, a los cuales contestó un significativo esfuerzo de las empresas privadas. Con el comienzo del desmantelamiento del Estado, en cambio, empieza la estagnación de la economía latinoamericana y su fracaso de desarrollar el continente. Han subido enormemente las ganancias, pero ha resultado una alta ineficacia de la tal llamada iniciativa privada para desarrollar estos países. Eso lleva a la coincidencia de un rápido desmantelamiento del Estado económico y social en los años ochenta con un estancamiento siempre más notable del desarrollo económico y de la dinámica de las empresas capitalistas. Eso, sin embargo, va paralelo a un aumento siempre mayor de las ganancias de estas mismas empresas. La incapacidad de la empresa privada, de desarrollar los países de América Latina, no baja sus ganancias, sino más bien las incrementa.

Cuanto más se nota este estancamiento, más se habla de la necesidad de privatizar aún más las funciones económicas y sociales del Estado. No puede haber ninguna duda, de que de este desmantelamiento del Estado resultarán ganancias todavía mayores de las que se hacían antes. Actividades como la salud, la educación, pero también la privatización de las empresas públicas permiten hacer ganancias privadas en actividades hasta ahora mantenidas en manos del Estado.

El Estado se transforma ahora en un instrumento de aprovechamiento económico de parte de las clases dirigentes. Ya no cumple con sus funciones, pero consigue ser aprovechado. Subvenciones inauditas se pagan, pero no a los sectores postergados, sino a los más poderosos. Estas subvenciones ahora se clasifican como incentivos. El cambio de palabra esconde el hecho de la reorientación del Estado hacia el Estado del aprovechamiento. Pero el caso mayor de este aprovechamiento se da en el caso del pago de la deuda pública, sea interna o externa. Hoy, ya un 30 a 40% de los ingresos estatales van a atender el servicio de la deuda, con una tendencia al aumento. El Estado es sofocado por estos pagos, que implican una gigantesca redistribución de los ingresos en

favor de los ingresos altos. Cuanto menos existe un sistema eficaz de recaudación de impuestos, esta deuda tiene que ser siempre más pesada y destructora para la economía de los países.. Una burguesía, que rechaza el pago de sus impuestos, llevó al Estado a una situación de bancarrota, que lo transforma en un simple recaudador de pagos de parte de ingresos bajos en favor de ingresos altos, de los países pobres en favor de los países ricos. Con este estrangulamiento del Estado, los países mismos son estrangulados. En el caso de la deuda externa, más de la mitad de esta deuda ni fue contraída por los Estados, sino por las empresas privadas con la banca privada internacional. Cuando al comienzo de los años 50 resultó impagable esta deuda, los Estados de América Latina fueron obligados de asumir estas deudas como deuda pública, o que constituyó la subvención estatal más grande de la historia del continente.

Sin embargo, estas mayores ganancias no llevan a mayor desarrollo. Más bien lo estancan más. La empresa privada, sin un Estado vigoroso que le abra caminos y que sustente actividades estatales de apoyo para fomentar la actividad productiva de la empresa privada, resulta ser completamente ineficiente para conducir ella misma el proceso de desarrollo. Cuanto más penetra la sociedad entera, menos desarrollo provoca. Desempleo, pauperización y destrucción galopante de la naturaleza son el resultado, ni aparece crecimiento económico significativo. Pero no solamente destruye el desarrollo. Destruye hasta la capacidad de acción racional del Estado y lo corrompe. Lo corrompe para sacar siempre más provechos de la actividad estatal restante, y produce tales problemas sociales, que el propio aparato estatal tiene que actuar sin tener los medios adecuados para hacerlo. Por tanto, la ineficacia de la empresa privada, de desarrollar estos países, lleva a la inflación del Estado. Al no poder efectuar una política económica del empleo y una política social de la distribución de los ingresos, el Estado se transforma en única fuente de ingresos para aquellas personas, que no son empleadas por las empresas privadas. Como no saben donde ir, presionan sobre el Estado para conseguir algún empleo. Se trata de una presión, que resulta precisamente de la ineficacia de la empresa privada para dar empleo a la población. Eso a la inflación del Estado. Este ahora, con sus funciones restringidas, está obligado a contratar mucho más personal que efectivamente hace falta para el cumplimiento de las funciones, que le quedan. Por tanto, el Estado se corrompe desde ambos lados: para la burguesía como fuente de ingresos, muchas veces ilícitos, y para el pueblo como paliativo para el desempleo y la pauperización. Empieza a contratar personal, al cual no corresponden funciones, en cuyo cumplimiento podrían trabajar.

Esta corrupción, desmoralización e ineficacia del Estado se transforma posteriormente en argumento en favor de un desmantelamiento todavía mayor del Estado y de la privatización de sus funciones. Sin embargo, la privatización empeora la situación precisamente por el hecho, de que el origen de la estagnación es la propia empresa privada, con su incapacidad para originar por su cuenta y sin recurrir al Estado una política de desarrollo adecuada, pero que se opone a una acción racional del Estado para complementar esta su ineficacia. Eso desemboca en un círculo sin fin, del cual aparentemente no hay salida.

La situación no es sostenible sino por medio de una orientación siempre más represiva de los Estados de América Latina. Un Estado, que ciertamente requiere muchas reformas, no es racionalizado, sino es puesto al servicio siempre más exclusivo de los poderes económicos nacionales e internacionales. El antiestatismo metafísico es la ideología, que esconde esta situación y le da su justificación aparente. En todas partes, donde este antiestatismo en nombre del mercado total se instituyó, ha desatado crisis económicas y del desarrollo. En nombre del mito de la capacidad del mercado de solucionar todos los problemas, ha extremizado los problemas existentes. Ha llevado el desempleo a niveles nunca sospechados, ha creado distribuciones de ingresos que condenan a la miseria partes siempre mayores de la población, y ha originado la destrucción de la naturaleza a niveles, que superan todo lo anterior. Haciendo eso, no ha ni cumplido con su promesa de un crecimiento económico sostenido. Bajo la égida del antiestatismo, la misma dinámica económica se ha perdido. Se destruye el ser humano y la naturaleza, sin siquiera lograr un crecimiento económico. La empresa privada, orientada exclusivamente por los mecanismos del mercado, pierde su eficacia, a pesar de que realiza ganancias siempre mayores.

Eso ha ocurrido hasta en el centro del capitalismo mundial, durante los años 80 en EEUU. La política antiestatista destruyó la eficacia de la economía también allí, mientras los capitalismos con Estados desarrollados, como Europa Occidental y Japón, tomaron la delantera. Es la tragedia de América Latina, haber caído en el mito del antiestatismo solamente para confirmar su propio declive.

En América Latina hoy y especialmente en América Central, donde hay una sociedad y por tanto un Estado muy poco desarrollado, hace falta constituir la sociedad misma, junto con el Estado. La tarea hoy es, reconstituir la sociedad con una relación complementaria entre la parte no empresarial de la sociedad civil, el mercado y el Estado, en la cual recién es posible iniciar el camino del desarrollo de nuevo, pero esta vez dentro del marco de una integración de toda la población en la división social del trabajo y en la sociedad, y dentro de los límites, que exige la conserva-

ción de la naturaleza. Hace falta, revertir el proceso, que la política del desmantelamiento del Estado ha producido.

Eso implica una necesidad de vigorizar la sociedad civil precisamente en sus componentes no empresariales, reprimida sistemáticamente por el terrorismo del Estado de la Seguridad Nacional. Eso presupone un Estado, que no solamente tolere esta sociedad civil, sino que también la fomente. Pero también implica como condición de la necesaria racionalización del estado, originar un nuevo proyecto de desarrollo, en el cual el mercado y la planificación económica estatal sean reconocidos en su complementariedad, siendo la planificación estatal parte necesaria, sin la cual el mercado no es capaz de originar un desarrollo económicamente racional.³² Sin cumplir con esta tarea, el Estado tiene que basarse primordialmente en sus fuerzas represivas con la tendencia hacia el terrorismo del Estado. Sin esta concentración exclusiva en su fuerza represiva, no podría contener los reclamos de los desposeídos y desplazados producidos por las fuerzas del mercado. Como no se pueden dirigir al mercado directamente, lo harán por vía del Estado. Teniendo el voto universal, el Estado les puede solamente contestar por la extensión cuantitativa e irracional del aparato estatal,³³ cuando le está prohibido

³² La política de ajuste estructural, que hoy se lleva a cabo en el Tercer Mundo, no es ningún proyecto de desarrollo. En el resultado de la renuncia a cualquier proyecto de desarrollo. En nuestro lenguaje orwelliano, se llama tal política, resultado a la renuncia de hacer política, de nuevo política de desarrollo. Guerra es paz, mentira es verdad.

³³ Los países capitalistas desarrollados responden a este mismo problema por la creación de un subsidio del desempleo, que forma una especie de colchón entre los desempleados y el Estado. Sin embargo, un subsidio de desempleo tiene que cubrir las necesidades básicas. En los países de América Latina los salarios cubren apenas las necesidades básicas. Un subsidio del desempleo tendría que ser igual a los salarios, o muy poco inferior. En sociedades, donde los salarios son sustancialmente mayores que este mínimo, este subsidio es posible, porque no le quita al trabajador el incentivo económico de buscar trabajo. En cambio, un subsidio, que sea igual al salario, quita al trabajador todo incentivo económico. Por tanto, no es posible. Eso explica, porque en América Latina casi no existe tal subsidio. Además, cuando el desempleo llega hasta el 40% ó 50% de la fuerza de trabajo, no hay capacidad económica para pagarlo. Eso transforma el capitalismo periférico necesariamente en capitalismo salvaje, en cuanto no logra establecer un modelo de desarrollo eficaz. O se tiene empleo, o se cae en la miseria. El resultado es la formación del sector informal de la economía. Una política de desarrollo eficaz, aunque no pueda asegurar empleo formal a todos, tiene que fomentar entonces estas actividades del sector informal. Sin este fomento el sector formal es un simple recipiente de la miseria producida por la tendencia al desempleo creada por el automatismo del mercado.

en nombre del antiestatismo de buscar la solución en un modelo de desarrollo, que permita su integración en la división social del trabajo a través de los mercados. Esta inflación del Estado no es más que el reflejo de la incapacidad del automatismo del mercado, de solucionar los problemas económicos de la población. La transformación del Estado en Estado exclusivamente represivo, en nombre de su racionalización, es el resultado más probable.

Por eso, el lema frente del Estado no puede ser el antiestatismo. No se trata de dismantelar el Estado, sino de dismantelar a los ejércitos y a las fuerzas de represión policial para tenerlos solamente en el grado mínimo necesario. La necesaria reforma del Estado, por tanto, tiene que sustituir la función represiva del Estado por la constitución de una política del desarrollo, que permite tener un Estado adecuado al cumplimiento de sus funciones, en cuanto la política del desarrollo sea capaz de responder a las necesidades económicas de la población. Tenemos que escoger entre dismantelar el Estado o dismantelar a los aparatos represivos. El dismantelamiento del Estado es la hipertrofia de los aparatos represivos, el dismantelamiento de estos aparatos presupone el desarrollo del cumplimiento de las funciones del Estado.

Eso es a la vez un planteo de la democracia posible en la actualidad. Es la condición, para que la democracia sea viable.³⁴ El antiestatismo vinculado con la totalización del mercado exige un: vivir, y dejar morir. La democracia presupone: vivir, y dejar vivir.

Lo que, en cambio, aparece hoy en América Latina, es una democracia agresiva, sin consenso, con un extremo control de los medios de comunicación por intereses económicos concentrados, en la cual la soberanía no está en los gobiernos civiles, sino en los ejércitos y, más allá de ellos, en los organismos financieros internacionales que representan a los gobiernos de los países del centro. Los gobiernos civiles tienden a formarse como gobiernos autónomos sometidos a la función soberana del ejercicio del poder de parte de los ejércitos y de la policía y, en nombre del cobro de la deuda externa, los dictámenes de los organismos internacionales. Se trata de democracias controladas, cuyos controladores no están sometidos a ningún mecanismo democrático.

³⁴ El problema de la viabilidad de la democracia en América Central, está trabajando especialmente por Torres-Rivas, Edelberto: Centroamérica: la democracia posible. EDUCA. San José, 1987.